La Revista de Santander

1930 NÚMERO EXTRAORDINARIO 1930

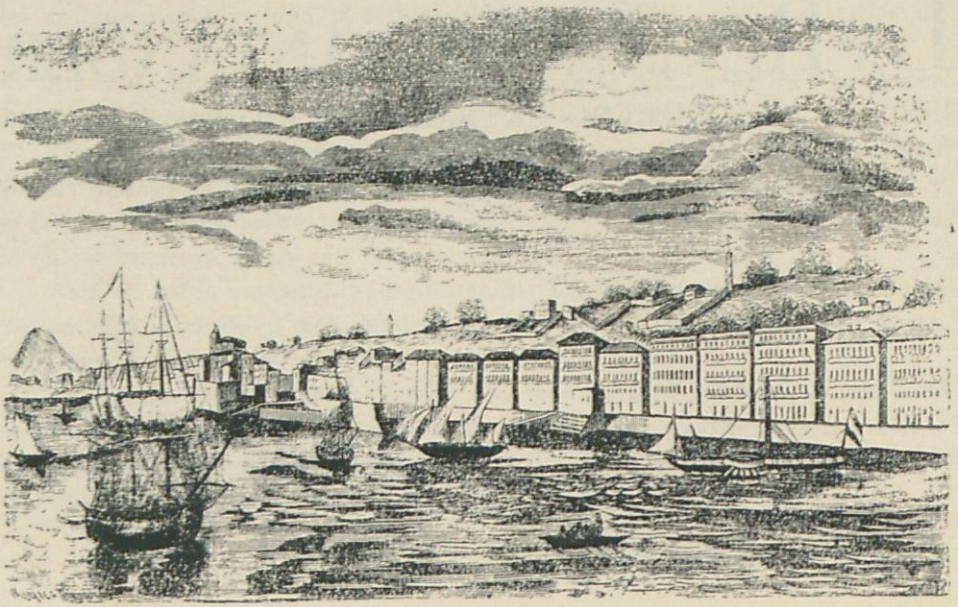
Se complace hoy LA REVISTA DE SANTANDER en rememorar la tradición de nuestras fiestas, llenando sus páginas con los recuerdos añejos de las diversiones de nuestros mayores.

Bien parecerá dar tal ocupación a la memoria, en tanto asistimos a los festejos, espectáculos y deportes actuales, que justifican para nuestra ciudad su jerarquía de primera localidad veraniega de España.

Desde orígenes, a veces, harto humildes han llegado deportes y espectáculos al nivel en que hoy les gozamos. Al aumento de nuestra capacidad de goce, dilatada por las posibilidades ilimitadas de la vida moderna, ha correspondido el crecimiento del volumen de nuestras fiestas, aunque acaso su variedad y rango variadísimos, desde los juegos más aristocráticos y exóticos, hasta las diversiones más populares e ingenuas, guardan con la nerviosa vida actual la misma relación de proporcionalidad que con la vida más tranquila de nuestros pasados las elementales regatas y las sencillas fiestas que las llenaron.

Todo en nuestra ciudad son hoy solicitaciones para el goce y la diversión, incentivos a la fiesta, promesas deslumbradoras a la expectación. Bien será afincar con sus raíces tradicionales estos festejos del día, en el área de la historia. Siempre es donativo estimable, reintegro precioso, el de la conciencia tradicional, que documenta en la dimensión del tiempo lo que gozamos en el momento actual.

Estos recuerdos pretenden por ello reforzar el disfrute de las fiestas y deportes singulares en que hoy nos toca participar.



Santander en 1845. Estampa de la época.

VIÑETAS DE SANTANDER EN EL SIGLO XIX

A fines del siglo XVIII se operó un cambio radical en la vida de nuestra ciudad. Después de dos siglos de quietud y pobreza, ocasionadas por la muerte de nuestro comercio con los ricos estados flamencos, el buen rey Carlos III abre al tráfico santanderino un ancho campo de imponderable riqueza. Con la *Real Cédula de erección de un Consulado terrestre y marítimo en la ciudad de Santander*, firmada en el Real Sitio de San Lorenzo a 29 de noviembre de 1785, se hunde el escollo que cerraba nuestro puerto al libre comercio con América y se sientan los cimientos de una nueva ciudad activa y populosa. Gentes de extraños países y de las regiones fronterizas la invaden en son de comercio. En la bahía aparecen las gallardas arboladuras de un sinfín de naves. Junto a las montañesas *(La Marquesa de Balbuena, La Trasmerana, El Guerrero Montañés, El Conde de Villafuertes, El Socorro Montañés, El Santander, El Cervecero de Cañadío...)* surgen las vascongadas y catalanas, las francesas, portuguesas, inglesas, holandesas, hamburguesas y *danzikesas*... Por la puerta del Rey entra un largo rosario de recuas y carromatos que traen la lana de los

esquileos de Castilla y la harina de flor elaborada en las fábricas que jalonan el curso del Besaya. Confundidos con estas mercancías llegan a los muelles los veintitantos *quintales machos de fierro* producto de las 25 ferrerías que subsisten diseminadas por los más apartados rincones de la Montaña. ¡Pobre resto de nuestra tradicional y simpática industria! Llegan de América el azúcar y el café, el cacao, el palo de campeche y los fuertes pesos de oro y de plata. Las fragatas y bergantines que los transportan vienen armados en corso y al entrar en el puerto hacen a la plaza saludo de cañón.

Del vetusto solar abacial ha surgido una ciudad nueva. Los viejos añoran los tiempos del rey Fernando, cuando la actividad santanderina se concentraba en el tinglado de Becedo, en la pesca y en el cultivo de las huertas y las viñas. Y los representantes de los seis seculares linajes—Escalante, Sánchez, Arce, Pámanes, Calderón y Calleja—que tuvieron el regimiento de la villa se encuentran desplazados en su propio suelo y como si por arte de encantamiento hubieran sido trasladados con sus casas y haciendas a un remoto país. En cambio, el joven secretario de la Real Sociedad Cantábrica, Pedro García de Diego, anota con orgullo en su *Guía Manual de Santander para el año de 1793:* «Ha producido la Real Aduana de esta ciudad en el año anterior 8.745.205 reales y 17 mrs., sin embargo de ser franco el país y no cobrarse derechos reales en lo que se introduce para su consumo.»

El antiguo recinto de la villa resulta insuficiente para alojar a tanta gente. Y el caserío trepa por las laderas del Alta, se extiende por el vallecico de Becedo y por la mies del Valle y desaloja al mar de sus dominios. Josef de Alday Fernández, «arquitecto de obras de esta ciudad y su ilustre Consulado de mar y tierra», pasa un apremiante oficio a los propietarios urbanos, en el que les comunica que «los Señores del Ilustre Ayuntamiento han acordado que se edifiquen casas en los solares vacíos, tanto por ser éstos depósito de inmundicias como por la escasez de habitaciones que hay en el pueblo por el mucho comercio que se experimenta». El Ayuntamiento se preocupa, además, de la urbanización y ornato de la flamante ciudad, ordenando la ejecución de importantes obass «en todas las calles y casas principales, señaladamente la de la Ribera, la Plaza, calles de la Compañía y Arcillero, demoliendo y reedificando las fachadas ruinosas, haciendo construir encañados para vertederos, etc.»

El Real Consulado, por su parte, se ocupa en la construcción de nuevos muelles y dársena y en la limpia y mejora del puerto. Para ello ha venido a Santander el capitán de fragata D. Agustín de Colosía, hombre culto y amable, que se ha ganado en poco tiempo la simpatía de sus vecinos, aunque la magnitud de sus proyectos tiene algo asustados a la ciudad y al Consulado. La casa de Colosía, en la calle de San Francisco, es lugar de agradable tertulia. Allí acuden, entre otros, los hermanos Francisco y Juan de Solinís, arquitectos de Marina, que ayudan a Colosía en sus trabajos, y el conde de Villafuertes, prior del Real Consulado.

Mas, a pesar de aquellos progresos y mejoras, terminó el siglo XVIII sin que Santander dejara de ser un poblachón destartalado y sucio. Oigamos sobre esto al ilustre Jovellanos, que visitó nuestra ciudad en el verano del año 1791: «La catedral es una mezcla del gusto del siglo XIII y algo de los anteriores, particularmente en la iglesia baja, que es de tres naves y tiene diferentes altares de buena forma... Arriba hay la singularidad de una pila para agua bendita, de mármol y forma cuadrada, en cuyo borde hay una inscripción árabe de caracteres al parecer cúficos que, según Colosía, no está aún interpretada. Es bastante iglesia para el destino de Colegiata que antes tuvo... Bajamos al muelle, cuyo proyecto se reduce a una dársena que por entre la Catedral y la dársena actual corre hasta la casa de las Atarazanas, con dos entradas; se trata de darle fondo y de extender el malecón hasta el horno de cal, con su pequeña dársena para barcos, rampas y martillos. Sobre el muelle actual hay cinco grandes edificios nuevos: 1.°, casa de Aduana, edificio magnífico, pero colocado fuera de la línea, y que estrecha demasiado la barbacana de la dársena proyectada; 2.° hasta 5.°, casas de particulares, hechas de dos en dos, de tres altos y entresuelos, todas iguales, que dan un magnífico aspecto a la villa, ruin por otra parte y destartalada fuera de lo nuevo. Las casas son de Mazo, de su yerno Campo, de Gutiérrez, de la Compañía o gremio de lonjistas o cacateros, uno de los cinco de Madrid, de Collantes, capitán del puerto, etc. Se proyecta una nueva plaza; extender la población por toda la largura del nuevo muelle; hacer a espal-

Santander en 1852. De la revista *The Lady's Newspaper.*

das una pequeña alameda; empedrar toda la villa y limpiar (bien lo necesita) por miedo de un cantarillón que se está ya construyendo y debe desaguar fuera de las dos dársenas. Esto y el incremento del comercio que se conoce ya, está compensado, primero con la inmensidad del proyecto, para el cual no puede haber dinero ni fuerzas; segundo, con la resistencia de ciudad, consulado y Obispo, opuestos a la obra; tercero, con las arenas que van inutilizando el puerto y que, mudando de sitios en tiempo de avenidas, hace su canal incierto; este río, que recibe las vertientes de montes altísimos, trae a la concha muchas arenas...»

Vemos, pues, que por aquellos años los proyectos de los santanderinos respecto de su ciudad eran grandes; pero las realidades—salvo esas magníficas casas del muelle que han de llamar la atención de todos los viajeros del siglo XIX—todavía eran mezquinas.

En cambio, la sociedad de entonces—en la que entraba de por mucho el elemento extranjero—era culta y distinguida. El mismo Jovellanos nos habla de agradables convites en casa de Collantes, el capitán del puerto, y en la de Colosía, donde se hacía música y se discutía sobre amenos temas. En esta casa llama la atención del insigne economista «su buena librería, donde hay una *Institución Náutica* del Dr. Diego García, Oidor de Méjico, y *El Cisne de Apolo*, que es una poética de D. Luis Carballo, nuestro historiador». Durante la segunda visita de D. Gaspar Melchor a nuestra ciudad (septiembre de 1797) las familias más distinguidas le ofrecen hospedaje: «D. Ramón Vial... me ofrece su casa; me excuso y le ofrezco disfrutar su compañía. Recado de D. Domingo Aguirre por un clérigo francés ofreciendo su casa. Visita de Durango, que también la suya... Visita del paisano D. Ramón Dóriga, con muchas sinceras ofertas... El mayordomo del Obispo a ofrecerme el palacio».

Entre los diversos agasajos de que fué objeto en esta segunda estancia—cuidadosamente anotados en sus *Diarios*, de los que voy sacando estas notas—figura una comida en casa de D. Francisco Durango «servida muy elegantemente» y seguida de un concierto de violines, en el que tomaron parte «un alemán aficionado, Menéndez, asturiano y primer violín de la Catedral, con 400 ducados y muchas lecciones; Durango, que es de aventajada habilidad, y otro profesor; el alemán, de superior habilidad en el instrumento y en el piano».

Jovellanos pondera a las señoras santanderinas. De algunas hace tan detalladas descripciones que tienen el valor de un antiguo retrato de familia: la mujer de D. Ramón Vial, «joven, delgada, morenita... está criando; esta señora, hoy harto ajada, habrá tenido bastante mérito por su amabilidad; su hija María Joaquina, casada con D. Francisco Durango, agraciada, modesta y que toca muy bien el piano. Mariquita Vial, muy tierna». El erudito y poeta José Mor de Fuentes, en el *Bosquejillo* de su vida, corrobora el favorable juicio que a todos merecía nuestra sociedad de la época de Carlos IV. Como hubiera sido nombrado director del Seminario que, a imitación del de Vergara, quiso establecer la Sociedad Cantábrica en Comillas, durante su estancia en aquella

villa hizo frecuentes viajes a Santander», pueblo apreciable—escribe—donde había compañeros y amigos y señores de excelente trato».

Contrastan los elogios de nuestra sociedad hechos por aquellos dos conspicuos de su época con el pobre concepto que ambos formaron de algunas personas del elemento oficial. Hallándose Jovellanos en Santander ocurrió un desagradable incidente entre el alcalde mayor de la ciudad y un Sr. Peñalva, incidente presenciado por Jovellanos y arreglado por su mediación. «No he visto jamás un juez más mal criado, más ignorante ni de menos probidad—escribe el insigne asturiano en su *Diario*—. Deshizo por miedo el mal hecho por torpeza y grosería. Su librería se reduce al *Febrero* y *Colón de Escribanos.*» Mor de Fuentes disparó la andanada contra el Obispo, quien, receloso del espíritu liberal que informaba a la mayor parte de aquellas Sociedades Económicas de Amigos del País, entorpeció todo lo que pudo la fundación del Seminario que la Sociedad Cantábrica proyectaba en Comillas. «Ocurrió—escribe Mor de Fuentes en la obra susodicha—que el Obispo, llamado D. Rafael Luarca, era una especie de asturiano tontiloco, que solía poner sus decretos en coplas ridículas y estrafalarias, y siendo ya de antemano enemiguísimo del establecimiento, apenas entendió que el director era autor de novelas le declaró la guerra a fuego y sangre, y suponiendo a los empleados una legión de espíritus malignos, capitaneados por el mismo Luzbel, no hallaba conjuros ni exorcismos suficientes en todo su repuesto de autores ascéticos para exterminar aquella plaga... Sin embargo, el coplero mitrado gastó toda su pólvora en salvas, pues como el establecimiento tenía en Madrid protección tan poderosa, le sucedió lo que dice Virgilio de las batallas de los enjambres, que se desvanecen con un puñado de tierra. Con efecto, tuvo que enmudecer el vocinglero, y no padecimos la menor incomodidad por su causa...»

. . . . . .

* * *

En los primeros años del pasado siglo continuó aumentando nuestro tráfico mercantil, y el ornato y policía de la ciudad mejoraron considerablemente, en especial bajo el gobierno del corregidor D. Tomás O'Donujú. A este señor se debe la redacción del *Reglamento de Policía de la M. N. y S. L. Ciudad de Santander*, que después de merecer la real sanción fué publicado el 19 de noviembre de 1804, y primorosamente impreso en la Oficina de Riesgo. Algunos artículos de este Reglamento son particularmente elocuentes para la comprensión de lo que entonces era nuestra ciudad. Veamos, por ejemplo, el 31: *Se renueva el Vando de veinte y tres de Diciembre último por el qual se prohivió absolutamente el que los cerdos andubiesen por las calles, plazas y paseos de esta Ciudad baxo sus penas.*

La guerra de la Independencia, que estalló al poco tiempo, arruinó el co-

mercio y paralizó la vida de la ciudad. A la entrada en Santander del divisionario Merle precedió el éxodo casi en masa del vecindario y siguió un largo período de hambre y miseria. El 8 de marzo de 1811, hallándose en Vitoria el diputado por esta provincia D. Guillermo Calderón, presentó al general gobernador del cuarto Gobierno de España un lacrimoso y campanudo escrito, en el que le exponía el lamentable estado de la Montaña, y refiriéndose a su capital decía: «Algún día, cuando vuestras serias ocupaciones os lo permitan, pasaréis a Santander a inspeccionar por vuestros propios ojos el estado de aquella naciente ciudad. Ha treinta años que era poco más que una aldea; pero a la sombra de la protección y de su actividad hizo tan rápidos pro-

Vista de Santander. De una Geografía impresa en 1859.

gresos que pretendía ya rivalizar con la soberbia Cádiz, trayendo a sus puertos la industria del Norte y los tesoros del Nuevo Mundo. ¡Cuál será vuestra sorpresa y compasión al ver su soñada riqueza disiparse como la niebla al salir el sol, todo su comercio destruído, más de sesenta casas que le alimentaban expatriadas, y las pocas restantes en la inacción y el descrédito! ¡El clero sin rentas, los empleados sin sueldos, los artesanos sin jornales ni ocupación, y todo, en fin, en la confusión y el desorden!»

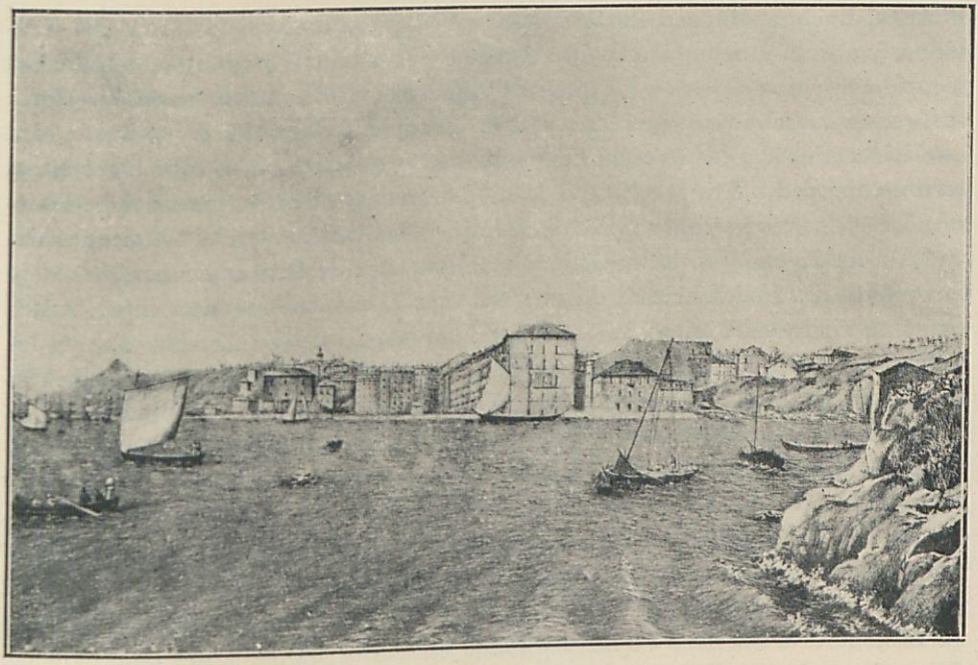
Evacuada la península por los ejércitos imperiales renació el comercio en Santander con mayor pujanza que antes de la guerra. Por los años de 1820 a 1823 se construyó el Muelle Nuevo, desde el Martillo al Merlón, y se continuaron las edificaciones. Muerto Fernando VII, la ciudad abrazó con entusiasmo la causa de Doña Isabel. La acción de Vargas aseguró la paz en la ciudad, por lo que numerosos comerciantes de diversas plazas amagadas por las tropas del Pretendiente establecieron sus giros en la capital de la Montaña, intensificando su tráfico. Resultó con ello que la guerra carlista, motivo de la ruina de muchas

ciudades, fué ocasión de lucro para la nuestra, en la que reinaba por aquellos años la más extraordinaria animación. Sorprendíanse de ello cuantos por entonces la visitaban, y así no es extraño que el súbdito inglés Jorge Borrow, cuando, a raíz de su viaje de propaganda evangélica por la península, publicó *La Biblia en España*, hablara de Santander en los siguientes términos: «No hay nada que contraste más con la región desolada y los pueblos medio en ruinas que acabamos de atravesar que el bullicio y la actividad de Santander, casi la única ciudad que no ha padecido con las guerras civiles, a pesar de hallarse en los confines de las Provincias Vascongadas, reducto del Pretendiente. Hasta las postrimerías del siglo pasado, Santander era poco más que una oscura ciudad de pescadores; pero en estos últimos años ha monopolizado casi por completo el comercio con las posesiones ultramarinas de España, especialmente con la Habana. La consecuencia de esto ha sido que, mientras Santander se enriquecía con rapidez, La Coruña y Cádiz han ido decayendo al mismo paso. Santander posee un muelle muy hermoso, sobre el que se alza una línea de soberbios edificios, mucho más suntuosos que los palacios de la aristocracia de Madrid; son de estilo francés, y en su mayoría los ocupan comerciantes.» Del cosmopolitismo de la ciudad da idea el siguiente párrafo que poco más abajo escribe el mismo Jorge Borrow: «El día de mi llegada comí en la *table d'hote* de la fonda principal, regida por un genovés. La concurrencia era muy mezclada: franceses, alemanes y españoles hablaban en sus idiomas respectivos, y en una punta de la mesa, sentados frente a frente, dos catalanes, uno de los cuales pesaría veinte arrobas, gruñían en su áspero dialecto...» Y de su extraordinaria animación tenemos evidente prueba en la cifra de sesenta mil habitantes que Borrow atribuye a Santander, cuando en realidad su población no llegaba todavía a treinta mil.

A partir del año 1840, la actividad santanderina se caracteriza por el vigoroso impulso aplicado al desarrollo de la marina mercante. En adelante, las mercancías montañesas ya no irán bajo pabellones extranjeros. Porque en las desiertas gradas del Real Astillero, alrededor de quillas y codastes, han vuelto a aparecer los serrones y calafates, los carpinteros de ribera y los contramaestres de construcción y de mar; guipuzcoanos, montañeses y vizcaínos, nietos de los que en el mismo sitio construyeron el *Real Felipe*, de tres puentes y 114 cañones, y el *San Juan Nepomuceno*, sobre el que Churruca encontró la inmortalidad.

Esta nueva y pacífica serie de construcciones se inaugura con la corbeta *Nueva Luisa*, de D. Francisco Díaz, y termina con la fragata *Don Juan*, del marqués de Casa Pombo, el mejor barco de España.

La Real Junta de Comercio se afana en mejorar las condiciones del puerto, adquiere dragas y gánguiles, y sobre el antiguo emplazamiento del Atalayón de Cabo Mayor, junto a la calva hecha en aquellos argomales por las fogatas de los Falaganes, alza un noble fanal que lanza sus destellos desde la noche del 15 de



Santander en 1858. Dibujo y litografía de A. Riancho Mora.

agosto de 1839. A instancias de la Junta, la Dirección de Hidrografía estudia las condiciones del puerto, y en el año de 1843 publica su *Descripción del puerto de Santander e Instrucción para la entrada y salida en él.* (Tanto ha cambiado desde entonces la fisonomía de la ciudad que, gracias a la persistencia de los nombres, podemos hoy identificar los puntos de referencia descritos en esta obra. Veamos algunos: «*Alto de Miranda:* tiene un pequeño lugar en su cumbre. Las casas que sirven de marca son las dos de más al O.; se distinguen en que la superior tiene su entrada al N., presentando al puerto sólo dos ventanas sin rejas, y la más baja tiene su entrada al S., hacia el puerto, con balcón corrido y dos puertas; ambas casas tienen saliente al E. un pequeño cobertizo de teja para el ganado... *El Sardinero*: En esta ensenada hay tres baterías, y al N. 22° O. distancia dos décimos de milla de la punta del puerto está el cabo de Ano, y sobre un escarpado el castillo del mismo nombre... Desde la Punta del Puerto sigue la costa al SO., un cable de distancia, donde está la batería de la Cerda Al S. 68° distancia, tres cables de la punta del Promontorio, está la punta y batería de San Martín...)

Una desgraciada circunstancia hizo que en el año de 1849 se empezara a hablar de Santander como lugar de veraneo. De la revista *La Ilustración* tomamos la noticia. En la sección de *Variedades* de un número del mes de julio de 1849 apareció un artículo que decía: «Acabamos de entrar de lleno en la, para los habitantes de Madrid, terrible estación del veraneo... La anual expedición a

Biarritz, Luchón, Bagneres o Wisvaden es peligrosa a la conservación del individuo, y aun San Sebastián, Santa Águeda y Arechavaleta no ofrecen todas las seguridades convenientes a los que sospechan que el cólera prosiga en derechura su funesta marcha por el camino real de Francia... Dado que la epidemia siga este itinerario, ir a las Provincias Vascongadas es tanto como salir a recibir al terrible huésped... Era preciso que la moda señalase el punto para donde debieran darse cita las personas resueltas a huir de las caricias que el sol tiene reservadas a los moradores de la corte, y las Montañas de Santander han merecido la preferencia. Felicitémonos de que una vez al menos esa reina caprichosa a quien se rinde culto ciego se haya decidido por lo mejor. Muchas son ya las familias que han salido para el magnífico y acreditado establecimiento de Ontaneda, y no pocas se disponen a tomar los baños de la mar en el Sardinero de Santander. En esta ciudad, pues, se reunirá este año una gran parte de la sociedad más animada de la corte, y en su lindo teatro se harán oír los acentos de Matilde, la Palma y los dos Romeas...»

Este su doble aspecto de plaza comercial y estación de verano atrajo sobre Santander la atención de los diarios y revistas madrileños, en cuyas páginas menudearon desde entonces las descripciones y noticias de nuestra ciudad. *El Semanario Pintoresco Español* publicó en varios números del año 1850 las *Impresiones de viaje a Santander y Provincias Vascongadas*, escritas por D. Antolín Esperón en el año de 1848. Esperón dedica largos párrafos a Santander, de los que reproduzco los de mayor interés para nuestro estudio: «Aproximándose a Santander, no por tierra, cuya entrada y aspecto nada valen, sino por mar, partiendo de los embarcaderos del Puntal y Pedreña, se descubre toda la ría, sembrada de barcos de todos portes y cabidas, y al último el magnífico muelle nuevo, en el que se hace la carga y descarga a pocas varas de los almacenes y despachos de los comerciantes, formando una especie de rambla, que sirve de paseo, hermoseado por la extensa acera de casas sólidas, alineadas, de buen gusto y construcción, en cuyo punto reina la vida y el movimiento de una ciudad mercantil, la que por este punto de vista aparece como esas poblaciones de Alemania, Holanda e Inglaterra que surgen del medio de las aguas. Santander ha progresado desde la guerra de Don Carlos; no hace mucho que los edificios acababan en la Aduana y actualmente ya han ocupado todo el muelle y se pretende ir desalojando la pequeña ensenada comprendida hasta el castillo de San Martín, conquistando y disputando el suelo al océano como se ha ido ejecutando desde muy atrás. Este pueblo se engrandeció de repente; así ha sucedido y sucede a varias personas, con la diferencia de que aquél ostenta las causas de sus adelantos, en tanto que estos otros son enigma en sus medros y riquezas... Se atraviesa la ría en unas barcas de pasaje, por el que paga dos reales cada individuo, por más que sea bajamar y sea con motivo de la arena la mitad del viaje ordinario y menos de media legua. Si bien esto es una bicoca, no debe pasar desapercibido para tener en cuenta que en Santander todo cuesta más

caro que en Madrid, a lo menos tanto posadas, paños, hechuras de ropa, etcétera, etcétera; a la verdad no debiera ser así; se cuenta que con ocasión del ejército expedicionario de Flores han encarecido todos los objetos y desde entonces quedaron *in statu quo*... Sin embargo, algo barato hay en Santander respectivamente a Madrid: los baños templados de agua salada eran a tres reales, y ahora a cinco, poniendo el establecimiento el recado de limpieza, tocador, etcétera... Sentada ya la planta en el muelle, y a pocos pasos que se den hacia las calles a él paralelas, cualquiera preguntará: ¿Dónde está el pueblo que se veía desde lejos? Aquí no hay sino diseños de calles, plazuelas en boceto, proyectos de ciudad, manzanas de casas en pretensión. Así es lo cierto; si Santander tuviese algunas casas iguales, parecidas o imitantes a las del muelle, sería una de las ciudades mejores de Europa; mucho se adelanta para ir llenando los vacíos de la nueva población, la que presenta grandes esperanzas de coronar el pensamiento. No todas las embarcaciones pueden arrimar al muelle; las que miden arriba de 160 toneladas tienen que transbordar el cargamento en pinazas o gabarras y gabarrones. Para remediar el mal causado por el amontonamiento del fango y arena de los ríos que allí desaguan se ha encargado a Liverpool una máquina para limpiar el fondo, la que se llama *draga*, que debe operar auxiliada de una porción de gánguiles... Dicha maquinaria, la de la draga, ha ascendido su coste a 400.000 reales, y el casco fué construído en el Astillero de Guarnizo, que dista dos leguas de la capital. Se calcula que podrá levantar cada hora unas 300 toneladas de lodo o arena. En la parte más extrema del muelle, y formada también por el de las Naos, está la dársena, de bastante cavidad: no tiene compuertas. La ciudad antigua es calles estrechas y costaneras; comprende desde el castillo de San Felipe, la Catedral, las dos Alamedas, si bien la mayor es moderna, la calle de Atarazanas, que es la más recta y despejada, etcétera, y estuvo circundada de una muralla, de la que apenas se percibe algún que otro resto arruinado.»

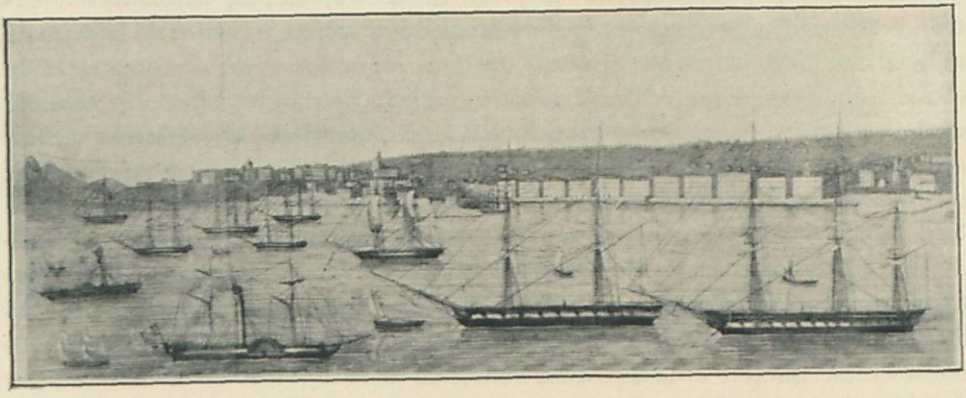
«Santander es una antítesis de Santillana: aquí todo es viejo y antiguo; allí, todo nuevo y moderno: las mejores casas, el teatro, los mercados cubiertos, etc. También forma contraste con Madrid bajo cierto aspecto: en la primera todo el mundo concurre por el verano, y de la segunda es por la misma estación cuando abandonan las orillas del Manzanares... Santander ofrece de notable el faro, digno de verse, mucho más habiendo tan pocos en nuestras costas, contradicción chocante en el siglo de las luces... Dicho faro es de segundo orden, según su aparato, por el sistema de Fresnel. La posición de la torre es imponente hacia el lado de la mar: elevada a más de 300 pies sobre el nivel de ésta, encima de unas rocas en las que se rompen con estrépito las olas encrespadas del océano Cantábrico... Los buques que por allí pasan pagan un real por tonelada siendo españoles o franceses, y dos siendo de otras naciones... Entre los edificios públicos el más notable es la Catedral. Sobresale en lo más alto de la ciudad vieja, dominando desde el claustro toda la ría... Santander se ha engrandecido desde

la guerra de Don Carlos, con motivo de los comerciantes de diferentes puntos, y notablemente de Bilbao, que han ido allí a establecerse con sus caudales y giros con motivo del decaimiento de este último, al que ha causado una mala obra...»

Acabamos de ver cómo también el Sr. Esperón fué sorprendido por la elegancia y suntuosidad de las casas del Muelle; lo mismo que Jovellanos y que Jorge Barrow. Leyendo estas descripciones, cualquiera pensaría que tales edificios encerraban ricos mobiliarios, costosas obras de arte y todo género de comodidades. Nada más lejos de la verdad. Si hemos de creer al maestro Pereda, en los salones santanderinos de su adolescencia «las sillerías de caoba con embutidos de limoncillo y asientos de tejidos de cerda; el reloj de sobremesa, los candelabros de plata, los espejos de vara y media de altos con marco de pasta dorada; el retrato de cuerpo entero, obra del pincel de Salvá o de Bardeló; el papel aterciopelado en las paredes, las cortinillas de tafetán encarnado en las vidrieras de las alcobas, y la alfombrita delante de cada puerta y de cada mueble importante de la sala, quedábanse para un puñadito de familias».

Otra característica de la ciudad en la que andan acordes todas las relaciones de viajeros de la época que estudiamos es su desemejanza del resto de las poblaciones españolas, su cosmopolitismo y su parecido con determinados importantes puertos extranjeros. Esta característica la veremos confirmada más adelante por un testigo de mayor excepción.

Por aquellos años comenzóse en Santander a hablar de la construcción de un ferrocarril. El comercio necesitaba un medio de transporte más rápido y económico que los centenares de carros en que diariamente llegaban a la plaza las harinas de Castilla. Obtenida la concesión del Gobierno y suscrito el necesario capital, se señaló el día 3 de mayo de 1852 para la inauguración de las obras. La ceremonia fué solemne y magnífica. S. M. el rey consorte, D. Francisco de Asís, con el ministro de Fomento y numerosas Comisiones, se trasladaron por mar desde la rampa del Martillo al barrio de Cajo, lugar de la inauguración.



Santander en 1860. Litografía de Martínez.

A la góndola real seguían innumerables embarcaciones. «Podemos asegurar—escribía el cronista José Antonio del Río—que no hemos presenciado nunca en la bahía un espectáculo semejante. Las salvas de artillería, las campanas, los cohetes y las músicas mezclaban en el espacio sus diversos ecos, contribuyendo a aumentar el natural entusiasmo que embargaba los corazones de cuantos lo presenciaban y oían.»

Entre los muchos forasteros atraídos a Santander por las fiestas de la inauguración se hallaba el escritor francés Emile Begin, muy popular y leído en su país desde el éxito de su obra *Voyage pittoresque en Suisse*. Excelente fué el juicio que tan distinguido viajero formó de nuestra ciudad. Hele aquí:

... Santander, le *Portus Blendiun* des Romains (?), le port célèbre d'ou partit, en 1248, la flotte de saint Ferdinand, pour aller bloquer Seville. Beaucoup d'autres expéditions maritimes se sont préparées lá. Le 16 juillet 1522, Charles-Quint, venant prendre possession de l'Espagne, débarqua sur la plage de Santander. On y travaille avec beaucoup d'activité. Dans le mois de mai dernier, je fus témoins du vif enthousiasme qui accueillit Sa Majesté le roi d'Espagne, lorsqu'il inaugura le commencement des travaux d'une voie qui n'aura pas moins d'importance sous le rapport militaire que sous le rapport commercial.

Située á l'extrémité d'une presqu'ile, abritée des vents de mer par une colline, pourvue d'un excellent ancrage, cette ville, plus importante que Bilbao, capitale aussi bien qu'elle d'une province, d'un partido, d'un évêché, compte dix-huit á vingt mille âmes de population. Elle semble une cité maritime anglaise ou française plutôt qu'espagnole. Aucun port de la Péninsule n'a peut-être moins que Santander l'aspect, le caractère indigène, et je n'y sache pas un quai dans lequel l'étalage el l'article se traitent aussi bien qu'ici. Il est vrai que toute l'activité de la ville se concentre sur ce port et sur ce quai.

A Santander pas plus qu'a Bilbao, il ne faut chercher l'existence artistique ou litteraire, la vie de l'âme et du cœur. Dans l'explotation des intérêts commerciaux, le cœur et l'âme ne s'escomptent pas; bien plus ils empêchent, s'ils se montrent, d'avoir confiance en d'autres valeurs. Cependant, un institut cantabrique, fondé depuis quelques années dans cette ville, sert á l'enseignement du latin, de la philosophie, de la littérature, des mathématiques, du français, de l'anglais, de la musique, du comerce, etc. Il passe pour un des meilleurs etablissements scientifiques de l'Espagne. Presque tous les habitant sont marins, pêcheurs et négociants, ce sont des femmes qui, dans les rues, font l'oubrage de portefaix. Les alamedas de Becedo et de los Barcos sont les promenades les plus frequentées, mais l'ami de la nature suit volantiers les rives de la Ria oú les pentes solitaires des montagnes voisines.» (Emile Begin. *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal*. Paris, Belín-Leprieur et Morizot, éditeurs. Pag. 192.)

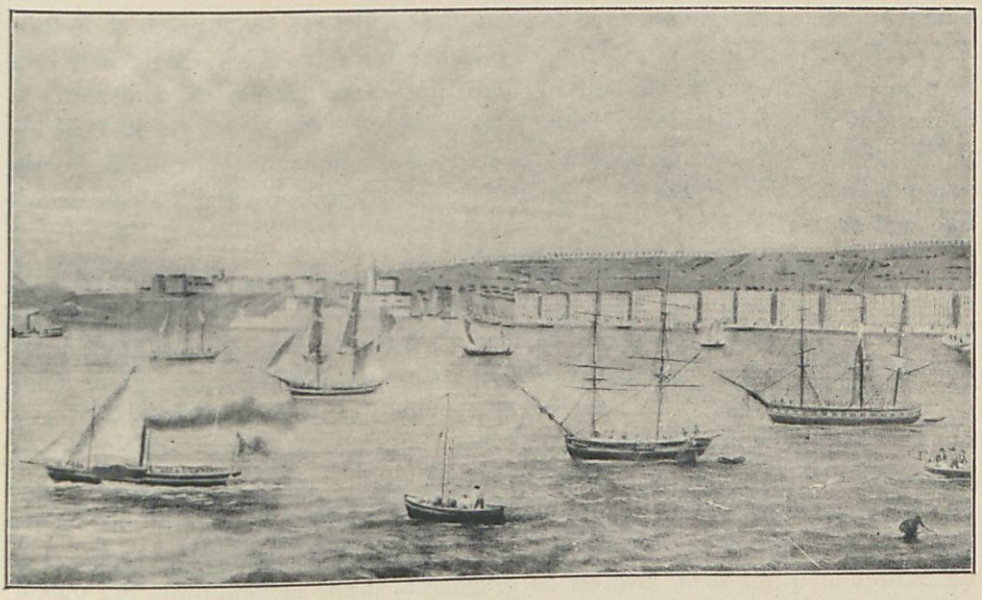
El tercer aspecto que caracteriza la vida de Santander en la pasada centuria se inicia cuando el siglo XIX ha entrado en su segunda mitad.

El 25 de agosto de 1858 aparece en *La Abeja Montañesa* un bello artículo, titulado *Ya escampa* y firmado con una P. Es el primer ensayo literario de D. José María de Pereda. A éste sigue la publicación en el mismo periódico de la mayor parte de las *Escenas montañesas*. Otro literato santanderino, D. Amós de Escalante, colaboraba por aquellos años en las revistas y periódicos cortesanos—*El Semanario Pintoresco Español, La Época, La Ilustración Española y Americana*—, y el 3 de noviembre de 1856 nacía en nuestra ciudad D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Junto a estas tres figuras cumbres se mueven en Santander multitud de literatos y artistas apreciables y otra gran figura, santanderina sólo de adopción, D. Benito Pérez Galdós. Los viajeros que llegan a la capital de la Montaña han de interesarse más por este aspecto literario que por aquel otro mercantil y navegante de que nos dan cuenta las descripciones de que llevamos hecha mención. Como prueba de esta afirmación sepamos lo que D.ª Emilia Pardo Bazán estimó digno de mayor aprecio en Santander. La condesa nos visita a los pocos meses de la catástrofe del *Cabo Machichaco*.

«Lo primero que noto al ir llegando a la capital de la Montaña es cuánto se parece a mi pueblo natal. Aquí, como en Marineda, el tinte de aridez del paisaje que rodea a la ciudad lo compensa la despejada y alegre disposición de la bahía, las curvas graciosas de los terraplenes, que, ya esconden con coquetería, ya muestran con orgullo el azul verdoso del Océano.

A Santander no se le ha quitado todavía—ni es milagro que no se le quite—el temblor producido por la catástrofe que le cubrió de luto. Apenas hablo con persona a quien no le haya sucedido algo atroz. Por la misma magnitud de la tragedia, no encuentran modo ni forma de describirla... Si el dicho no tuviese algo de paradojal, diría que el exceso del espanto suprime la sensación del espanto y la reemplaza con un estupor mudo, casi apacible. Ninguno de los que estuvieron presentes a la explosión y quedaron con vida supo lo que le había pasado ni se dió cuenta de que aquello era algo semejante al fin del mundo.

Éste enseña su brazo hecho astillas, roto por siete partes; aquél hace memoria de que cuando volvió a su casa la encontró ardiendo; uno se halló en el suelo, a distancia considerable del lugar que ocupaba cuando estalló la dinamita, e ileso por milagro; otro hace memoria de una noche entera pasada en buscar al hijo de sus entrañas, para descubrirle, a la primera luz del amanecer, yerto, con el cráneo partido; tal vió precipitarse sobre el amigo que le acompañaba el enorme brazo de un gigante, que no era sino un fragmento de hierro proyectado con brutal empuje; cuál se cayó sentado, percance siempre risible, pero tremendo si al tiempo de caer se observa que los espejos oscilan, que los muebles se desploman y que una lluvia de cristales nos envuelve, mientras los edificios se abren como granadas maduras... ¡Cosa rara! Quizá la impresión



Vista del muelle de Santander. Grabado francés de 1861 (?)

más concreta que guardan los que asistieron a la tragedia es la del silencio absoluto, extraño y fúnebre, que sucedió a aquel estrépito sin nombre.

Todo lo cual lo habíamos leído en la prensa, y, sin embargo, ¡qué diferente nos pareció al escucharlo referido por los testigos y las víctimas!

Si el recuerdo no se borrará nunca, las huellas materiales del desastre están borradas del todo. Reedificáronse con mayor suntuosidad las casas incendiadas o derruídas, y sólo quedan, como testimonios palpables de tanto mal, informes trozos de hierro, amontonados en el muelle de Maliaño, torcidos, rotos, gibosos, diciendo a las claras que una fuerza horrible los violentó.

Merecen visitarse en Santander cinco cosas notables—dos más que en Orense—, a saber: la iglesia subterránea del Cristo, la Biblioteca de Menéndez y Pelayo, la Estación de Biología Marítima, el Sardinero y el palacete de Galdós. Dejo en el tintero la estatua de Velarde, porque, aparte del glorioso recuerdo que consagra, es de bien escaso mérito artístico.

La Catedral, en cuyas entrañas se abre la cripta del Cristo, presenta aspecto severo y militar; tiene empaque de fortaleza...

Antes de visitarla habíamos comprado guantes y no sé qué otras menudencias en la famosa *guantería*, trabando conocimiento con el venerable *guantero*, inmortalizado, y tal vez arruinado, por las letras. Es el guantero un viejecito que, en vez del aspecto adamado y la charla meliflua que parecen requisitos indispensables en el ramo de perfumería, ofrece el tipo del clásico *lobo marino*, honrado y rudo; de esos pilotos o capitanes que han cruzado el Atlántico cen-

tenares de veces. El *guantero*, en lugar de leer a Pereda, lee a pasto el *Boletín Eclesiástico* de la diócesis, y así que lo acaba, lo vuelve a empezar. La tienda es como un pañuelo, y, sin embargo, allí funciona el *círculo charlamentario* y el mentidero de Santander. ¿Dónde se colocan los tertulianos? No es fácil inferirlo. ¿Qué comprador de buena fe penetrará allí, rompiendo una valla de ocioso vagos y parlanchines? Los tertulianos de Juan Alonso no cumplen con menos que con señalarle una pensión.

En la biblioteca de Marcelino Menéndez Pelayo nos recibieron cordialmente sus padres y su hermano Enrique, hombre de mérito y valer, modestamente recluído en la penumbra a que le condena la fama del autor de *La Ciencia Española*. La biblioteca, construída *ad hoc*, alumbrada por luz cenital, con doble cuerpo y estantes aislados de las paredes, ocupa parte del jardín del *hotelito* en que vive la familia del sabio y contiene departamento de manuscritos y gabinete de trabajo; es, en suma, la realización del sueño de escritor tan laborioso como Menéndez... Guarda asiduamente este tesoro la familia, y Enrique nos cuenta cómo su hermano, conocedor de las mañas de los bibliófilos, cada vez que sale de Santander pronuncia, a guisa de despedida, desde la ventanilla del vagón, esta angustiosa frase: —«¡Pocas visitas! ¡Mucho cuidado con mis libros!»

El palacete de Galdós se alza en la Magdalena, a corta distancia del Sardinero. Sobre la puerta de entrada al patio hay un azulejo que dice en letras góticas: *San Quintín*... Si anduviésemos a caza de contrastes, ninguno como el que ofrecen los dos retiros de Menéndez y Pelayo y de Galdós. Las viviendas siempre retratan la fisonomía de sus dueños; pero pocas lo harán tan a lo vivo como éstas que acabo de ver en el espacio de una hora. Sorprende la diferencia entre el hombre que estudia en los libros y el que estudia en la vida; entre el que está orientado hacia lo que fué y el que sólo conoce y ama lo actual, empapándose en el mundo exterior para transformarlo con el poder de su fantasía.

Mientras el estudio de Galdós, que ya una vez he descrito en el *Nuevo Teatro Crítico*, es un gracioso revoltijo de cacharros, dibujos, fotografías, platos, bocetos, armas, cuadros, curiosidades, muebles originales, telas bordadas; en suma, todo lo que alegra y divierte la vista, en el despacho de Menéndez y en su biblioteca no hay sino libros, libros y libros, sin un retrato, sin un florero, sin nada que pueda distraer el ánimo cuando la lectura o el trabajo lo fatiguen. Insensible a lo que le rodea, Menéndez se ha confinado entre calles, mientras Galdós buscó para horizonte de su asilo el mar, espectáculo siempre variado, siempre atractivo en su eterna magnificencia.

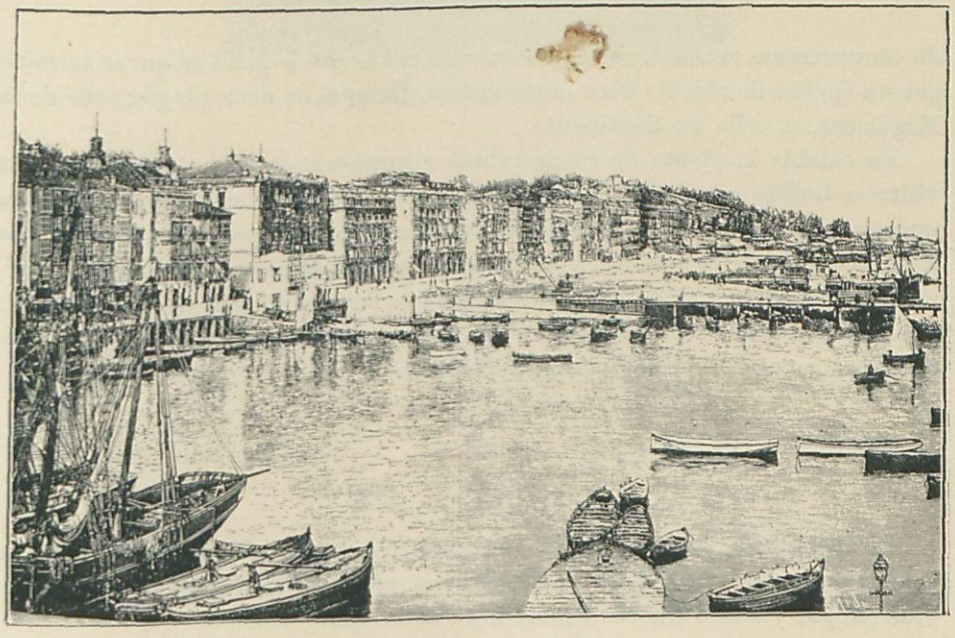
La afición a la humilde realidad que distingue a Galdós se reconoce en haber dedicado el pedacillo de tierra que posee al cultivo de legumbres y hortalizas. Sobre un plantel de guisantes se columpiaban, sujetos a delgadas varillas, infinidad de papeles, que sin duda tenían el ambicioso propósito de es-

pantar a los gorriones. Al ver que los papeles eran manuscritos, pregunté con curiosidad. —Las cuartillas de *La loca de la casa*—respondió Galdós.

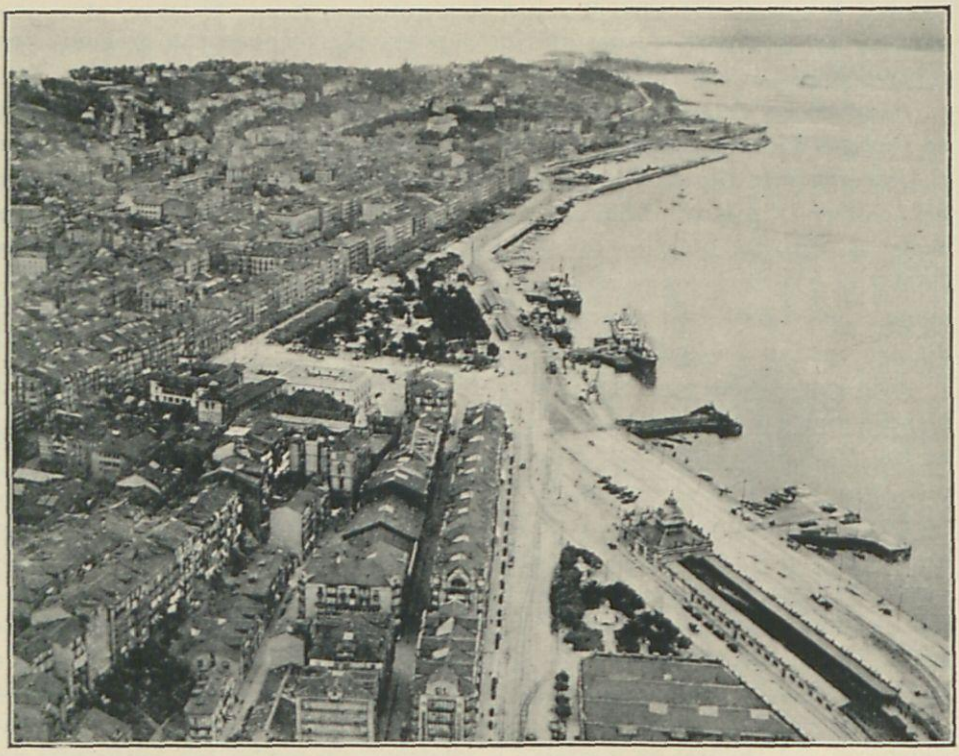
Abandonamos el palacete para dedicar unos instantes a la *Estación Cantábrica de Biología Marítima*, pomposo nombre del modesto laboratorio destinado por el Gobierno y la Diputación provincial de Santander a los trabajos y ensayos del profesor D. Augusto Linares... Los rojos de minio, los amarillos de ocre, los azules de cobalto, los verdes esmeralda, los rosas transparentes y los violetas flúidos de esos bichejos raros (corales, limazas, astéridos, actinios, erizos, anémonas, holoturias), son una magia contemplados al traves de la delicada y diáfana cortina del agua que los hace vivir...

Sólo nos quedan unos instantes para recorrer el Sardinero, sus hoteles, su bien adornado Casino, su pinar de la Alfonsina, que soñó con ser Sitio Real; en fin, los lugares que Amós Escalante describió a maravilla. Una ojeada rápida, una vuelta en el tranvía de vapor... y adiós, Santander...»

Quedaría incompleta esta serie de viñetas si no aludiéramos a las magníficas páginas que René Bazin consagró a nuestra ciudad en su obra *Terre d'Espagne*. El ilustre académico francés llega a Santander en el mes de septiembre de 1894. Su aspecto comercial apenas le interesa. «Santander est moins active que sa rivale, Bilbao; elle a de longs quais oú sont amarrés quelques navires á vapeur, des voiliers, deux grands steamers qui chauffent pour je ne sais quelle destination lontaine; elle a des maisons de baigneurs, d'artistes,



El muelle de Santander en 1892. De *La Ilustración Española y Americana*.



Santander en 1930. (Fot. Alejandro.)

de commerzants enrichis, sur la cóte elevée qui borde le golfe et qui se termine par un éperon de rochers d'un jaune ardent, flanqué de deux plages, celle de la Magdalena et celle du Sardinero.»

En cambio la pluma de Bazin rebosa entusiasmo cuando nos habla de sus visitas a Galdós y a Pereda o cuando describe el aspecto nocturno de nuestra imcomparable bahía «d'un bleu irréel transparente, sans une ride, éclairée par la lune, réfléchit les navires, les feux de bord, les étoiles; on devine confusément, sur la rive opposée, des montaignes qui ont des formes de nuages et des sommets d'argent. Cela ressamble á ces paysages romantiques, tracés en mosaiques de nacre, sur les guéridons d'autrefois...»

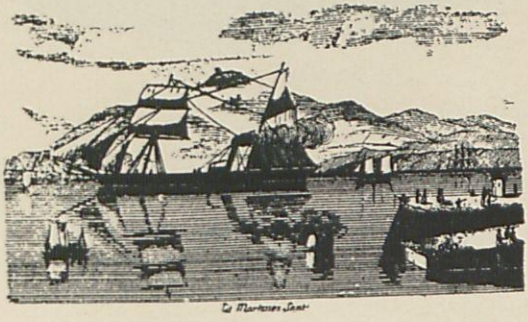
* * *

El Tratado de París, al acabar con nuestro imperio colonial, terminó con el comercio santanderino. Pero Santander era ya una población rica, dotada de vida propia y buscó nuevos cauces a su actividad.

Pocas provincias españolas se aprovecharon tanto como la nuestra de la

obra colombina. Patacones y pesos de América jalonaron la Montaña de casonas, palacios y portaladas, fundaron escuelas y fabricaron custodias, capillas y retablos. Sin embargo, para nosotros la obra cumbre del oro indiano fué la fundación de una ciudad grande, culta y bonita, en torno al relicario de plata de *Sant Emeter*.

FRANCISCO G. CAMINO Y AGUIRRE.



El Sardinero en 1840.

EL SARDINERO

Contadas referencias sobre el Sardinero y anteriores a 1850 hemos encontrado en autores que trataran de provincias y localidades españolas al escribir relaciones y libros de viajes, no teniendo nada de extraño la omisión, toda vez que el incomparable lugar en el cual están situadas dos de las playas más bellas del mundo mereció la general indiferencia hasta los años anteriores y próximos al promediar el pasado siglo.

Las causas que justificaban, incluso para los santanderinos, el desvío respecto del Sardinero eran fácilmente explicables, por tratarse de un paraje aislado de todo núcleo de población y desprovisto de buenas vías de acceso, defecto éste que si siempre ofrece importancia había forzosamente de tenerla mayor en una época desconocedora de los medios de comunicación hoy en uso. No fueron, sin embargo, tan absolutas las dificultades indicadas que impidieran iniciar una afluencia de viajeros hacia nuestras incomparables playas, empezadas a ser conocidas con preferencia por los habitantes de otras provincias castellanas que, deseosos de utilizar los baños de ola como panacea para toda suerte de enfermedades y achaques, acudían a Santander buscando la salud.

De los forasteros castellanos muchos se acomodaban en el barrio de Miranda (1), sitio solitario que tomó este nombre al hacer allí la primera casa un individuo de tal apellido, y donde, habiéndose construído otras viviendas posteriormente, encontraban por una exigua cantidad diaria albergues «con derecho a cocina», que utilizaban para preparar las viandas traídas desde los hogares pueblerinos.

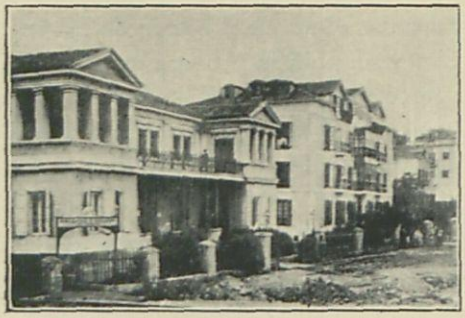
Las temporadas estivales de 1845 y 1846 resultaron animadas por el contingente de viajeros reunido en Santander para tomar baños, y percatándose de la utilidad de atender adecuadamente a veraneantes y bañistas decidió un grupo de beneméritos y desinteresados montañeses, aunando esfuerzos y venciendo dificultades, establecer mejores comunicaciones con el Sardinero e instalar de modo conveniente los servicios de la playa.

En julio de 1847 pudieron anunciarse en Madrid, después de haberlo hecho en nuestra ciudad, las mejoras realizadas, que los bañistas comprobaron utilizando el nuevo camino habilitado entre Santander y el Sardinero, por el cual circulaba un carruaje dedicado al servicio público, expresamente construído por la empresa cuya Junta presidía D. Juan de la Pedraja. Estimuló el logrado éxito la actividad de quienes tenían confianza plena en el porvenir del veraneo santanderino, y persuadidos de la posibilidad de lograr el auge de las playas, decidieron los buenos patricios locales construir una fonda de importancia, en la que encontrasen alojamiento confortable los bañistas, constituyendo para ello la «Empresa de la Fonda del Sardinero», cuyo capital quedó distribuído en acciones de 500 reales.

Comenzaron las obras de la «Fonda» en junio de 1849, quedando concluídas en el mes de septiembre de igual año. Podemos saber, por una descripción contemporánea, que constaba el edificio de un solo piso, con el pavimento de tres o cuatro pies sobre el nivel del terreno y con dos fachadas principales al S. y NE., distribuído todo con el mejor acierto, pues, además de las dependencias necesarias para el buen servicio, tenía «habitaciones preparadas convenientemente para el caso de que se enfermase alguna persona».

Delante de las fachadas principales de la Fonda hicieron bonitos jardines, cuyo centro le componían «espaciosos salones destinados a paseo y baile, según al público agrade», instalándose también muy próxima una amplia tienda de campaña, de armadura de hierro y blanco lienzo con franjas azules, en la que se servían variados refrescos sobre numerosas mesas acertadamente dispuestas para poder admirar un panorama espléndido, no faltando otros alicientes al público, que podía distraerse en diversos juegos o tomando parte en animados bailes los días festivos.

(1) Tenemos a la vista un plano de Santander, anterior a 1830, y en el cual no hay indicada construcción alguna en el Sardinero, como no sea la Batería del Rastro, que aparece situada frente a Piquío y hacia la parte de los jardines contiguos a la finca de Meade. La «Casa de Miranda» está incluída en el plano de referencia.



Primer casino del Sardinero (1870).

La seguridad personal de los bañistas no fué desatendida, colocándose en la playa cuerdas sujetas con anclas y creándose el servicio de mujeres, que para tranquilidad de las señoras acompañaban a éstas durante el baño, no faltando, como complemento de tan acertadas precauciones, «una lancha tripulada por marinos diestros en nadar y en disposición siempre de prestar auxilio en caso de peligro, que apenas puede temerse, por la igualdad del terreno en toda la espaciosa y suave playa». Cada bañista tenía un cómodo e independiente cuarto a su disposición, habiendo «carritos portátiles y cubiertos para conducir las personas delicadas o que así lo deseen al lado de las olas».

Todas estas reformas incrementaron la llegada de viajeros a Santander, y hubo semana del verano de 1849 (1) que recibió la ciudad, «sin incluir la gente de mar», cuatrocientos forasteros, originándose con tal motivo preocupaciones para la Junta Local de Beneficencia, que percibiendo los ingresos obtenidos en la playa necesitó acondicionar rápidamente mayor número de casetas destinadas a los bañistas, los cuales podían utilizar ya para ir al Sardinero tres nuevos y magníficos ómnibus de diez asientos cada uno, capaces de competir, «por su elegante construcción y suave movimiento, con los mejores del extranjero», según decía un santanderino de la época.

Pronto resultó insuficiente y reducido el edificio de la fonda del Sardinero, y fué preciso realizar en él ampliaciones sucesivas, añadiendo un piso más el año 1851, en cuyo verano pudo verse claramente la utilidad del esfuerzo realizado en anteriores temporadas para dar importancia a nuestras playas.

Los santanderinos usaban preferentemente para bañarse entonces las proximidades del muelle de las Naos y los sitios cercanos al muelle Nuevo o al de Maliaño, así como Molnedo, yendo algunos bañistas a las playas situadas entre San Martín y la Magdalena, y llegando muy pocos al Sardinero. Justificábase la preferencia del público hacia los baños en la bahía por lo distantes que de la ciudad quedaban las citadas playas y lo molesto de llegar a ellas, hiciérase por mar o por tierra el recorrido.

El camino de Molnedo a Miranda, utilizado para ir al Sardinero, ofrecía grandes defectos pues su excesiva pendiente le hacía poco útil para el servicio de vehículos, y en el ánimo de todos estaba la necesidad de buscar otra vía por

(1) En este año vinieron a Santander desde el 15 de mayo al 26 de agosto unas tres mil personas, tomándose con dos meses de antelación los asientos de las diligencias desde Madrid a Santander.

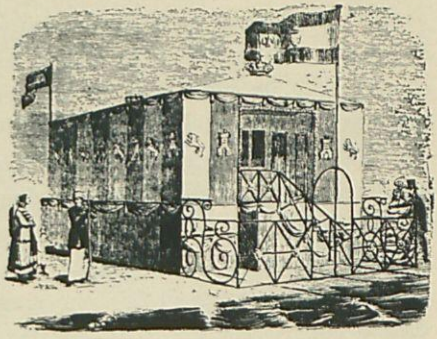
sitio que resultase más fácil la comunicación de la ciudad con las playas. Diversos tanteos y trabajos permitieron poder abrir al servicio público, en 1864, el paseo que, llevando hoy el nombre glorioso de Menéndez Pelayo, se llamó anteriormente de la Concepción, y el cual proporcionó positivas ventajas al hacer posible una mayor circulación de carruajes desde distintos sitios de la ciudad hasta el Sardinero.

De año en año veíase acrecentado el veraneo santanderino, y la importancia por todos concedida a nuestras playas agudizó la necesidad de buscar nuevos medios de acceso a las mismas, donde sentíase una gran escasez de alojamientos para la temporada de baños.

La dificultad de llegar rápidamente al Sardinero sugirió a D. Santos Gandarillas, benemérito hombre de negocios olvidado por Santander, la idea de construir un tranvía, que en 1877 circulaba ya. Movido en sus primeros tiempos por tracción animal y equipado de «vagones con imperial», fué mejorado en posterior fecha, utilizando locomotoras de altísimas chimeneas y coches adecuados para poder llevar «de quince en quince minutos hasta ciento setenta viajeros», haciendo un recorrido muy semejante en la totalidad del trayecto al efectuado hoy por los tranvías eléctricos que pasan por la Avenida de la Reina Victoria, y, deteniéndose en los apeaderos de San Martín y de la Magdalena, llegaba al Sardinero, para continuar, después de la parada frente a *El Pañuelo*, a la segunda playa.

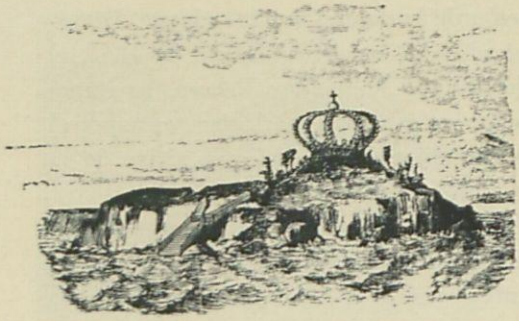
Hizo posible Gandarillas con su tranvía, prescindiendo del acercamiento al Sardinero, que las playas comprendidas en San Martín y La Magdalena tuvieran buenas comunicaciones, facilitando grandemente su utilización por los bañistas. La playa de La Magdalena fué dotada el 1877, por el esfuerzo del marqués del Robrero, de una excelente galería de baños provista de instalaciones perfectas. Además de realizar dicho prócer otras mejoras en tan bello lugar construyó el camino, cedido después al Ayuntamiento, desde Miranda a la citada playa y que sirvió para ir al Sardinero admirando parajes soberbios.

Los vapores «Corconeras» establecidos por D. Juan Colomer para realizar excelente servicio llevando viajeros al Puntal, al Astillero y al Cespedón desde el muelle, atracaban en La Magdalena, desembarcando cuantos deseaban llegar al Sardinero haciendo a pie la última etapa del recorrido y después de haber cruzado embarcados la bahía.



Caseta de baños de Isabel II (1861).

Aunque los santanderinos habían logrado proporcionar cómodos medios para que las bellezas y ventajas del Sardinero pudieran ser fácilmente apreciadas por los veraneantes, no faltaban entre éstos núme-



Isla de la Torre, llamada de la Corona desde 1861.

ro mayor del deseable que prefiriese marchar fuera de España, desdeñando no sólo a nuestras playas, sino también a todas las del Cantábrico. Idénticas lamentaciones a las que hoy formulan escritores de patriotismo acendrado, deseosos de evitar la salida de veraneantes a playas extranjeras, podemos encontrar leyendo periódicos de hace más de sesenta años y redactados fuera de Santander, que recriminaban el desdén hacia las playas españolas, «lugares convenientes para la estación veraniega, libres del espíritu de extranjería que ha sobrecargado de tanto oropel y relumbrón otras localidades que apenas proporcionan a la concurrencia otras distracciones que la *ruleta* o el *bacarrat*, pudiendo encontrarse dentro del país todas las comodidades que tan caras se hacen pagar a los viajeros en el extranjero». Para legítima satisfacción de los santaderinos diremos que entre las playas recomendadas por el articulista figuraban las del Sardinero.

El impulso inicial que habían dado al Sardinero «las diferentes empresas constituídas filantrópicamente» tuvo aceleración intensa con D. Juan Pombo, marqués de Casa-Pombo, hombre de negocios que presintió hasta dónde podía llegar la importancia de las playas santanderinas. En el Sardinero realizó D. Juan Pombo, entre muchas obras, la construcción del primer Gran Hotel en 1868 —«magnífica fonda», llamada entonces—, en el cual había «salones de café, restaurant y multitud de habitaciones para doscientas personas, un salón de baile, salas de recreo y espaciosos comedores», levantando, además, para el servicio de la playa y en el año indicado, «una de las mejores galerías de baños, que tenía 46 casetas con sus correspondientes salones de descanso, galería interior para el servicio de los cuartos y una extensa galería exterior para recreo de los bañistas».

Un meritísimo escritor montañés, D. José Antonio del Río, fué también de los que creyeron en el porvenir del Sardinero, logrando ver realizada en parte, el año 1870, la iniciativa de construir «cerca de las playas» veinte casas, presupuestadas la totalidad en 400.000 reales. La escasez del dinero recaudado para tan simpática empresa limitó a siete el número de las construcciones que pudieron realizar; pero el esfuerzo no fué hecho inútilmente y sirvió para formar un pequeño núcleo de población que tiempos después fué propagándose y utilizó bellos rincones del Sardinero.

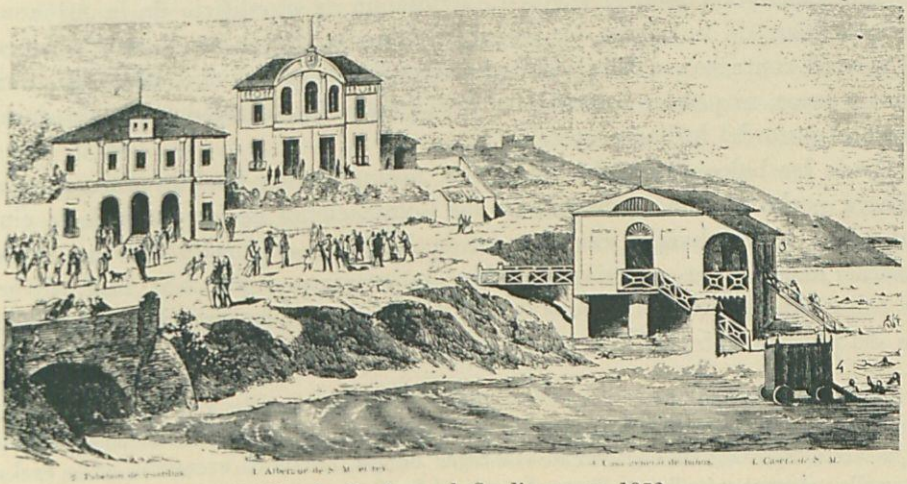
Para distracción de los que concurrían durante los días veraniegos al Sardinero contruyóse en 1870, por D. Juan Pombo, un Casino que, ocupando terrenos utilizados después en diferentes años por edificios de igual índole allí

levantados, lindaba con el primitivo Gran Hotel, llamado también de Barbotán o de Castilla. Este hotel fué derruído, incorporando el solar al ocupado por el segundo Casino que tuvo el Sardinero, formando así la parcela sobre la cual está hoy edificado el Gran Casino. En la fotografía que publicamos puede verse el aspecto del Casino de 1870, «con frescas galerías, azoteas y pabellones de austera arquitectura», según nos dice Amós de Escalante, y sitio obligado para reunirse cuantos buscaban la animación de rigodones, lanceros y otros bailes de la época, o preferían refrescar en las tardes de agosto con las horchatas y helados servidos por el café Español.

El Casino que hiciera D. Juan Pombo en el Sardinero fué sustituído por otro más completo, de bonitas proporciones, celebrándose en él animadas fiestas y excelentes conciertos, en algunos de los cuales tomaron parte artistas tan eminentes como Albéniz y Arbós, que contaban en Santander con numerosos y buenos amigos.

Acertada reforma para el Sardinero fué la construcción, en 1888, de la Alameda, grato refugio merecedor de la predilección del público de entonces, que no podía disfrutar aún de los jardines de Piquío, maravillosos por el incomparable panorama que descubren. De la inauguración de la Alameda y de fiestas religiosas y profanas en ella celebradas hiciéronse interesantes vistas por un fotógrafo santanderino, rotuladas con letras de purpurina según el gusto de la época.

Resultó en el transcurso de los años insuficiente el servicio prestado por el ferrocarril de Gandarillas, pues cada verano eran más numerosos los viajeros que iban al Sardinero, y creyéndose posible la construcción de un nuevo tranvía de vapor, formóse el 1891 una Sociedad Anónima para realizar el concebido proyecto. El nuevo tranvía, vulgarmente llamado de Pombo o del Túnel, tenía la salida desde el principio de la calle de Daoiz y Velarde, y entrando por Molnedo en Tetuán, para atravesar el túnel hecho bajo Miranda, llegaba por



Residencia Real en el Sardinero en 1872.

la Cañía frente al Casino, parando en la pequeña estación que había en *El Pañuelo.*

Continuadas mejoras se han realizado en el Sardinero los últimos años, y no creemos necesario indicar aquí las que, completando anteriores esfuerzos, han servido para preparar un porvenir digno de la grandeza de nuestras playas.

Antes que por el gran público, al igual de lo sucedido con la Costa Azul y con tantos bellos rincones del mundo, fué «descubierto» el Sardinero por artistas de exquisita sensibilidad y depurado gusto, no faltando, para satisfacción de Santander, hijos suyos que supieran ensalzar en bellos párrafos o en insuperables estrofas la emocionante majestad del mar en nuestras playas.

De los escritores montañeses, Amós de Escalante y Menéndez y Pelayo fueron, probablemente, los más asiduos visitantes del Sardinero. Recordamos haber visto en nuestra infancia a Menéndez Pelayo ir muchas tardes estivales entre el escaso público del «primera cerrado de Gandarillas», leyendo algún pequeño libro mientras hacíase el recorrido, y descender después en la estación de la primera playa, frente a la actual plaza de Linares.

Galdós, que vino a la Montaña por Pereda y que con tanto amor ensalzó nuestra tierra, fué de los mejores propagandistas del veraneo santanderino, y construyendo una de las primeras «villas» en la cornisa sobre la cual pasa hoy la Avenida de la Reina Victoria divulgó por el mundo el nombre de Santander al firmar en «San Quintín» buena parte de su imperecedera obra literaria (1).

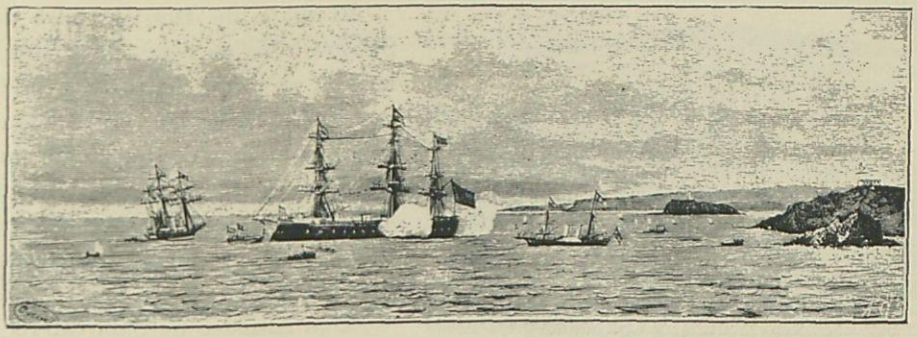
* * *

La primera visita regia hecha al Sardinero fué la de Doña Isabel II, que en unión de su real familia llegó a Santander el 20 de julio de 1861, a las cinco de la tarde, entrando triunfalmente acompañada por los vítores y aplausos iniciados bajo el arco levantado en Cuatro Caminos y repetidos constantemente en ambas Alamedas y en todo el trayecto, terminado en el edificio de la Aduana, donde habían de instalarse los augustos viajeros. Entre las demostraciones del general contento no faltaron ni variadas flores, ni palomas adornadas con vistosos lazos, ni poesías impresas en brillantes sedas, arrojado todo profusamente al paso del brillante cortejo.

Desde los balcones engalanados de la Aduana vieron los Reyes durante la primera noche pasada en Santander las iluminaciones de las casas de la ciudad y las de los barcos anclados en la bahía, y queriendo apreciar mejor cuantas lucieron en sucesivas noches recorrieron a pie SS. MM. diversas calles santanderinas la noche del 23 de julio, entre las repetidas aclamaciones del público, integrado en buena parte por veraneantes.

---

(1) Sería interesante hacer una bibliografía de escritores españoles y extranjeros que, cultivando distintos géneros literarios, trataron de Santander y del Sardinero. Poseemos en nuestra modesta biblioteca un ejemplar de «Le Signe Rouge», novela de aventuras, en la cual se desarrollan algunos episodios en Santander y en el Sardinero.



Revista naval en el abra del Sardinero en 1876.

El domingo siguiente a la llegada a Santander fué Doña Isabel al Sardinero para bañarse en la primera playa, donde habíase construído, según los planos del ingeniero de la marina Fernández de Haro, una caseta dividida en varias habitaciones convenientemente dispuestas y que adornaban «lindos cuadros» pintados por D. Esteban Aparicio. De la caseta real hízose un grabado que reproducimos para dar interés a estas líneas.

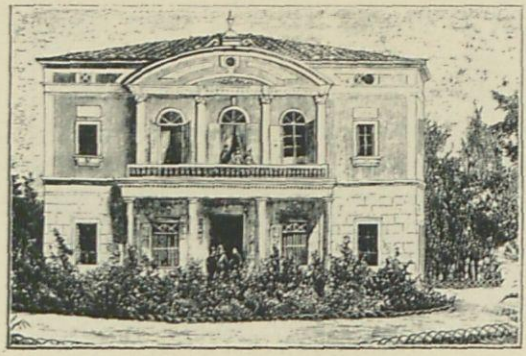
Yendo al Sardinero entró la reina a orar en la capilla de los Santos Mártires, situada en Miranda, y ya desaparecida, no sin haber inspirado antes a Gutiérrez Solana un cuadro emotivo y fuerte, como todos los del gran artista montañés.

Hasta el 15 de agosto duró la estancia de Doña Isabel II, saliendo de nuestra ciudad por la mañana de dicho día, después de haber realizado jiras marítimas a la isla de la Torre (1), al Astillero y a Santoña y de presenciar las regatas, las cucañas y los concursos de natación, además de otros festivales y funciones celebrados en Santander durante la permanencia de las reales personas.

Debieron de complacer en grado sumo a la Reina Isabel las repetidas ovaciones, los arcos de triunfo, los desfiles de carrozas con grupos alegóricos y cuanto en honor de ella hicieron los montañeses, no siendo aventurado suponer que la bondadísima señora tuvo el propósito, no realizado mientras rigiera los destinos de España, de volver a Santander en otros veranos. Todavía en 1868 un periódico de la importancia de *La Época* publicaba, en el mes de junio, la noticia de que adelantándose aquel año el veraneo de la Corte en San Ildefonso, harían SS. MM. una excursión, los últimos días de julio, a un puerto del Cantábrico para tomar baños, creyéndose, decía el citado periódico, «que el punto preferido será Santander».

* * *

(1) En la isla de la Torre construyóse un pabellón en forma de gran corona y capaz para cincuenta personas, donde fueron obsequiados SS. MM. con un magnífico refresco. Durante algún tiempo llamóse por los santanderinos a la indicada isla de «La Corona».



Palacio del marqués de Casa-Pombo, residencia de Isabel II en 1876.

El viaje de Don Amadeo de Saboya y de su esposa a nuestra ciudad, en la que entraron por ferrocarril el 24 de julio de 1872, fué para el porvenir del Sardinero interesantísimo, pues dicho Monarca durante algunos días convirtió en corte veraniega lugar tan incomparable.

Don Amadeo de Saboya, recibido en Santander a su llegada, según leemos en un periódico de entonces, «con todo el respeto que el primer magistrado de la nación merece», tenía preparadas en el edificio de la Aduana las habitaciones que había de ocupar durante su permanencia en la capital de la Montaña; mas la precipitación empleada en el arreglo de las mismas fué causa de imposibilitar, con la reciente obra de los pintores, que pudiera dormir el Rey (1) la únicanoche pasada en el edificio indicado, solventándose tan desagradable contingencia con el ofrecimiento hecho por D. Juan Pombo para que el Rey ocupase una casa en el Sardinero (1), donde también hubieron de instalarse, además del séquito, y ocupando «La Alfonsina», las tropas de cazadores venidas de Santoña.

Desde el siguiente día de estar en el Sardinero bajó a bañarse el Rey de la Casa de Saboya, y, siendo hábil nadador, realizaba arriesgadas travesías durante su permanencia en el agua, causando la admiración de los buenos aficionados. Terminado el baño iba a pie por entre el público, con una digna y afable sencillez, que muchos años después recordábase ensalzada por los santanderinos, principalmente entre las viejucas del pueblo, asombradas de haber visto comer *alvellanas* a un Monarca durante sus paseos.

Permaneció el Rey Don Amadeo de Saboya en el Sardinero hasta el 3 de agosto, embarcándose a las siete de la tarde de aquel día en un buque de guerra hacia San Sebastián y regresando a nuestra ciudad el 22 del mismo mes, para salir por última vez al siguiente día.

Mucha importancia y animación dió al Sardinero la visita de Don Amadeo, evocada tiempo después por el insigne Amós de Escalante cuando preguntaba: «¿Hay quien se acuerde ya de lo que era el Sardinero de Santander mientras lo hizo veraniega corte suya el Rey Amadeo? ¿Vibran todavía en algunos oídos aquellas músicas militares que atraían y mezclaban y confundían en uno tantas

(1) En una casa particular del Paseo de Pereda puede verse todavía la magnífica habitación que en estilo árabe español fué preparada para Don Amadeo y que éste no llegó a utilizar.

voluntades y opiniones enemigas, domadas por el irresistible poder de la armonía?»

* * *

El 30 de julio de 1876 fondeaba, a las once y media de la mañana, frente al Sardinero la fragata blindada *Numancia*, viniendo a bordo del barco inmortalizado por un viaje alrededor del mundo Doña Isabel y sus hijas las Infantas D.ª Pilar, D.ª Paz y D.ª Eulalia (1).

Don Alfonso XII y la Princesa de Asturias habían llegado a Santander con el objeto de recibir a los augustos viajeros, y utilizando la falúa real fueron a la *Numancia*, que abandonó reunida toda la real familia, para dirigirse al muelle, desde donde marcharon seguidamente a la catedral, yendo después al Sardinero y hospedándose en el palacio del marqués de Casa-Pombo.

Por la tarde del día 31 de julio pasó revista Don Alfonso XII a los buques de guerra anclados en el abra del Sardinero, que eran las fragatas *Blanca* y *Numancia* y la goleta *Concordia*, visitando durante tres horas después de la revis-

(1) La Infanta Doña Eulalia publicó en una revista ilustrada francesa de enero de 1914 un trabajo en el cual hay buena parte referente a la llegada a Santander, de paso para Madrid, de Doña Isabel y de las Infantas, después de la Restauración.

El Sardinero en 1930.

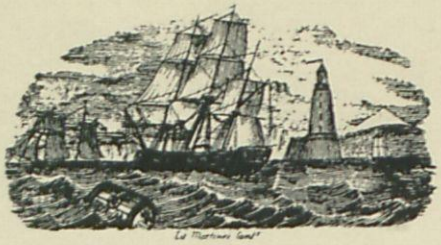
ta, S. M. el Rey la *Numancia*, y desembarcando en el muelle de Santander a las siete de la tarde fué nuevamente aclamado.

En la temporada que Doña Isabel pasó el año 1876 en el Sardinero vió neutralizadas las satisfacciones recibidas con el disgusto que hubo de causarle la indisposición de la Infanta D.ª Pilar, indisposición a la que alude la Reina en carta autógrafa dirigida al almirante Antequera (1) y que, firmada en Santander el 2 de septiembre, dice, entre otras cosas: «He tenido desgracia en esta temporada de baños, pues la enfermedad de mi amada hija Pilar nos ha quitado el gusto para todo; ya gracias al Señor, más aliviada, pienso dar algunos paseos por la mar...» Para los paseos por mar valióse Doña Isabel de un cañonero venido a Santander, pues las dos goletas *Consuelo* y *Concordia* estaban inútiles, «una con sus calderas y la otra con su hélice», según en la citada carta indica la Reina.

Huelga el decir lo animado que para Santander resultó el verano de 1876 y la que visita de los reyes atrajo, como siempre, numerosos forasteros de todas clases y condiciones, habiendo además en aquella temporada billetes del ferrocarril de ida y vuelta para viajar entre Madrid y Santander por ciento veinte reales.

El esfuerzo constante de los santanderinos, acogido cariñosamente en los últimos años por SS. MM. Don Alfonso XIII y Doña Victoria, supo vencer obstáculos y mejorar cuanto ha podido servir para hacer atractiva y agradable la estancia en nuestras playas, prescindiendo siempre de rivalidades y competencias desleales y firmemente persuadidos de que el apogeo del Sardinero y su preponderancia actual como gran playa en nada puede perjudicar a otras localidades españolas, dignas de ser conocidas, y sobre todo hoy, dada la facilidad que para desplazarse ofrecen autos, vapores y trenes.

FERNANDO BARREDA



(1) Véase «La Vuelta al Mundo en *La Numancia* y el ataque del Callao», por el conde de Santa Pola.

ALGUNAS FIESTAS DE ANTAÑO EN NUESTRA PROVINCIA

LA SEMANA DEL HOLGAZÁN

Hay en el riquísimo archivo de la tradición oral en la Montaña una sencilla expresión, en la que el ingenio popular, con la encantadora ingenuidad que pone en las bellas manifestaciones de su mentalidad, ha querido acaso trazar en cuatro líneas, de forma rítmica y asonantada, un programa de fiestas que bien puede llamarse *la semana del holgazán*, nombre con que figura en mi colección folklórica montañesa:

Lunes y martes, fiesta en todas partes;
miércoles y jueves, fiestas solemnes;
viernes y sábados, las mejores de todo el año;
el domingo trabajaría, pero no es día.

Y esto nos trae a la memoria aquella copla galante y picaresca de otra región española, que completa en parte el cuadro en que a cada día de la semana se le señala una peculiar modalidad, que no dejará de tener interés para algún curioso lector:

El lunes me enamoro,
martes lo digo,
miércoles me declaro,
jueves consigo,
viernes doy celos
y sábado y domingo
busco amor nuevo.

Pero no creo que pretenda alguno, al examinar la producción popular de nuestra región, descubrir la psicología del montañés en esas sencillas expresiones, que reflejan, sin duda, rasgos de buen humor y marcado ironismo; aunque

tampoco pueda decirse que los montañeses gustan poco de fiestas y diversiones en las que tan de relieve se muestra el carácter y modalidades de un pueblo. El gran poeta lírico de Santa Cruz de Iguña, en la bellísima poesía *Una fiesta en mi aldea*, para ahogar la melancolía septentrional que oprimía su corazón desconsolado, animaba la danza y bullicio de romería aldeana con estos versos, en que se transparenta la general preocupación de los pueblos de la Montaña de que sean sus fiestas y regocijos los mejores y de mayor encanto:

¡Ea, danzadores, ea!
¡prosiga el baile campal!
¡Bailad, muchachas, que sea
la fiesta de nuestra aldea
la más alegre del val!

Celébranse con júbilo y alegría festividades religiosas y profanas, por devoción y sentimiento religioso unas, como solaz y esparcimiento otras; y las mozas de nuestras aldeas, después de haber cantado en la mañana devotamente al santo y hecho en el atrio de la iglesia el elogio del predicador en la flor de un picayo:

Por encima la cabeza
del señor predicador
pasó una paloma blanca
que era la Madre de Dios,

cantan por la tarde con regocijo de romería para animar el baile al alegre son de sus panderos:

Las ovejuelas, madre,
pasan el puente,
y el pastor con las damas
en San Vicente.
Las ovejas son blancas
y el campo es verde,
y el pastor que las guarda
conmigo duerme.
Las ovejuelas, madre,
pasan el río,
y el pastor con las damas
entretenido...

Muchas páginas podrían llenarse, sin duda alguna, describiendo las diversiones y juegos, las fiestas tradicionales, profanas o religiosas, y las meramente cir-

cunstanciales y de ocasión que se han celebrado en esta provincia y de las que quedan curiosas noticias y descripciones, unas veces en relaciones de épocas hechas con el fin de perpetuar el recuerdo de tales festividades, y constantemente en el libro de oro de la tradición, donde tan ricos materiales encuentra el folklorista, y que pueden ser comparados con los que nos ofrecen los modernísimos usos y costumbres.

VARIAS FIESTAS TRADICIONALES

De algunas de las fiestas y diversiones en esta provincia de Santander, cuando era una parte del obispado de Burgos, vemos un reflejo en varios capítulos de las Constituciones Sinodales antiguas de ese obispado, impresas en 1534. De ellas hemos sacado un buen número de curiosas papeletas, de las que se ponen aquí unas pocas.

Cuando algún clérigo cantaba Misa o Evangelio o Epístola por primera vez, solían otros clérigos, pensando que daban honra al misacantano, hacer «danzas despadas y momos y bayles y cantares o sermones de palabras feas, no mirando ni considerando el misterio que se celebra, que es de mucha solemnidad y devoción y contemplación».

Estas prácticas dieron motivo a que el obispo de Burgos D. Fray Pascual de la Orden de los Predicadores diera esta disposición: «Ordenamos y mandamos que ningún clérigo sea osado en tales auctos hazer danzas ni bayles ni cantares profanos ni los dichos sermones, ni otras cosas desonestas, assí en las iglesias como fuera dellas, sino que vayan todos los clérigos que quisieren honrar al misacantano o Evangelistero o Epistolero en procesión de su casa hasta la Iglesia y en le bolver a su casa cantando cosas siquieren de devoción de la sancta madre Iglesia y con toda honestidad.»

Como prácticas de gentiles se condenan en esas mismas Constituciones los clamores, lloros y llantos que se hacían en la muerte de alguno, fiestas fúnebres que se describen en esta forma: «Cuando alguno muere los hombres y las mujeres van por los barrios y por las plazas aullando y dando bozes espantables; en las iglesias y otros lugares tañendo bozinas y haziendo aullar los perros y rascando las caras y mesando las crines y los cabellos de las cabezas; y quebrando escudos y otras cosas que no conviene.»

Era práctica corriente asimismo en algunas iglesias, monasterios y ermitas ir de noche a ellas, tener vigilias y velando de noche, hacer bailes y entonar cantares impropios de aquel lugar, por lo que ordenaban las Constituciones que en las iglesias del obispado de Burgos «no se tangan vihuelas, ni se hagan danzas ni bayles, ni otras *cosas de juglares*, salvo la noche de Navidad o la fiesta de Corpus Christi».

De la permanencia de tal costumbre en algún pueblo de esta provincia hablaba D. Ángel de los Ríos en 1857 en un artículo acerca del dolmen del Abra, que publicó en el *Semanario Pintoresco Español*: «... existen viejos que recuerdan haber oído contar a sus padres cómo iban a la ermita de la cumbre (dedicada a Nuestra Señora de las Nieves, patrona de la hermandad de Campóo de Suso), y entre otras cosas dicen que se nombraban doncellas por cada pueblo, que subían la tarde anterior a la festividad (5 de agosto), cantando villancicos, y pasaban allá la noche, como todos los que iban, en hogueras, bailes, etc.»

En las mismas Constituciones se habla de los juegos y juglares que se hacen en la procesión del día de la fiesta de Nuestro Señor Jesucristo, afirmando que se sigue de ellos mucha indevoción, por lo cual se ordena que no se hagan en lo sucesivo, aunque sí se permite que si algunas personas quisieren hacer representaciones honestas puedan hacerlas yendo detrás del Sacramento, o después de hecha la procesión, y tornado el Sacramento a la iglesia, «en lo cual hay menos inconveniente porque los populares por ver las dichas representaciones no dejan de acompañar la dicha procesión».

Un acuerdo tomado por el Concejo de la villa de Santander el 9 de junio de 1599 nos muestra bien a las claras cómo se celebró aquel año la fiesta del Corpus: «Que mañana día del Corpus Christi se haga procesión general en esta villa con la solemnidad que se requiere y es costumbre, y que se pregone salgan todas las cofradías con su cera y pendones y que se haga un tablado cerca de las casas de Ayuntamiento para dos comedias que se han de hacer y se pongan asientos junto a él para el Cabildo y Ayuntamiento de esta villa para ver la comedia de la mañana; y que para la tarde se convide al general y maese de Campo de las galeras y gente de guerra que está en esta villa... y que se haga un altar muy decente cerca del dicho tablado para ponerse el Santísimo Sacramento, y que se apregone se limpien las calles y se rieguen y las adornen con colgaduras y ramos.»

Era costumbre y, conforme dicen las Constituciones citadas, *un malo y detestable uso*, el que todos los hombres de las Montañas de Burgos que iban a las iglesias a oír misa y demás oficios divinos llevasen lanzas y azconas y ballestas y otras armas, aconteciendo con esto que nacían muchos ruidos y cuestiones en las iglesias de que se seguían heridas y muertes cuando acudían a las fiestas. Por eso se ordenaba que en las reuniones y ayuntamientos que hacían los pueblos en procesiones y festividades en estas Montañas de Burgos cada pueblo vaya y venga distinta y apartadamente por sí, y que no se hagan tales reuniones.

Al escribir estas líneas vienen a mi memoria las varias coplas que he recogido de la tradición oral en la Montaña, y en las que muchas veces con maliciosa intención pinta y ridiculiza un pueblo lo que juzga defectuoso o malo en otro, así como recordamos las romerías aldeanas que en nuestra niñez vimos

y que han dejado en nosotros muchas veces una nota de espanto y terror que hoy ya por ventura no se da.

Algo dicen las Constituciones de los toros, que conviene recoger aquí. Prohibe que se corran toros «en los cimenterios de las iglesias del dicho obispado, y que si se corriesen en plazas o en otras partes, que ningún clérigo de orden sa-

Festejos a S. M. Doña Isabel II en 1861. Comparsa de pasiegos.

cra salga a los correr ni capear, so pena de un exceso a cada uno que lo contrario hiciese: la mitad para el que lo acusare; y la otra mitad para los reparos de nuestra cárcel de Sancta Pía».

En otra constitución se añade que no solamente no se han de correr los toros en los dichos cementerios; mas ni en otros lugares ni plazas, usando con ellos de la crueldad que se acostumbra con garrochas o lanzas; salvo que puedan ser

corridos con capas o en tal manera que no usen con ellos de la dicha crueldad.

Grandes fiestas y convites se hacían en los matrimonios y honras, lo que dió ocasión a que las Constituciones recogieran esa costumbre, pues dicen así: «Cuando alguno muere se hacen tan grandes gastos en convidar gentes que destruyen la hacienda y quedan perdidos los herederos.» Por eso se ordenó que no se pudiera convidar para comer, en mortuorio alguno o en honras de cualquiera persona, más que los parientes que hubiere en el mismo lugar donde falleciere el tal difunto; y que de fuera del lugar se puedan llamar y convidar hasta 25 personas, clérigos y legos, hombres y mujeres, y no más.

Esta misma disposición debía observarse en los matrimonios, y ni en éstos ni en los mortuorios se podían dar de comer aves algunas; excepto en caso de ser *pariente mayor de solar*, o si se dieran a falta de otras viandas.

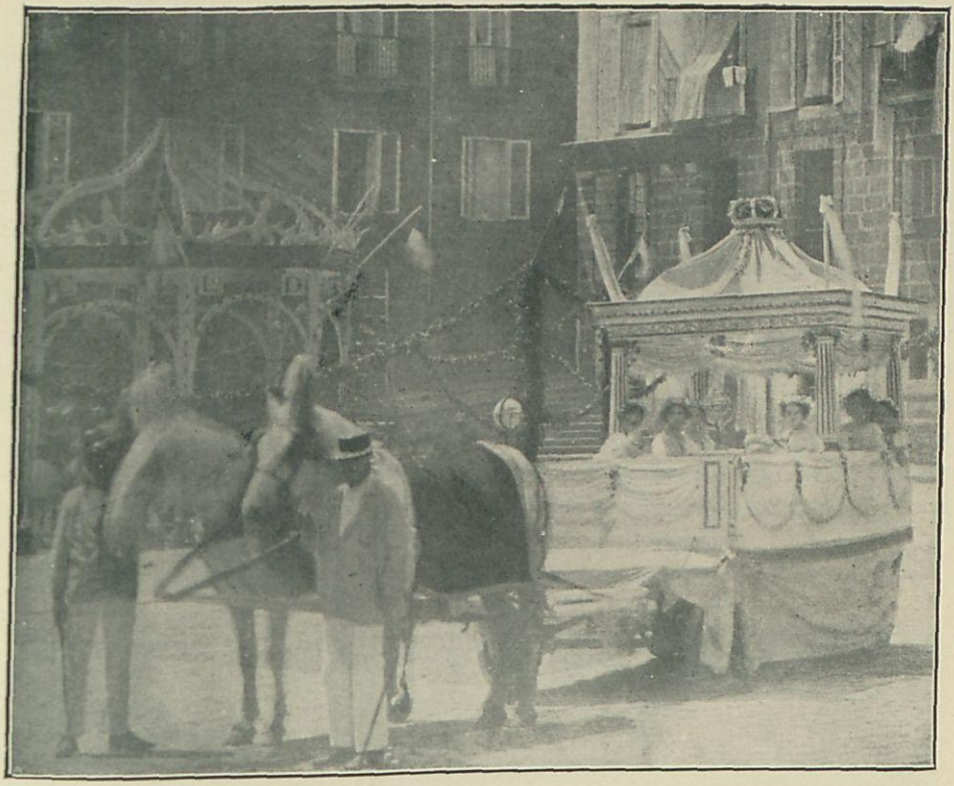
En 1501 se hizo extensiva a las Asturias de Oviedo, Condado de Vizcaya, villas y tierra llana, Encartaciones, Guipúzcoa, Trasmiera y Costas de la Mar de Castilla y León, una provisión del gobernador de Galicia de 1493 prohibiendo los gastos excesivos que se hacían en bodas, bautizos, misas nuevas y estrenos de casas, limitándose el número de personas y prohibiendo que dure la fiesta más de un día.

RECIBIMIENTOS DE REYES Y NACIMIENTO DE PRÍNCIPES

Era precepto general y costumbre antigua el que se solemnizaran las venidas y entradas de los reyes; y los Concejos, cuando tenían lugar estos acontecimientos, debían *aderezar los caminos, hacer arcos triunfales y hacer juegos*, pudiéndose dar música y lanzas a los justadores, y hachas a todos los caballeros que de noche fueren de máscara o encamisada a costa de los bienes de propios, así como a la Justicia y Regidores y Alguacil mayor si los acompañaban en nombre del Ayuntamiento, dándose también libreas a los Regidores que por la ciudad sacaren cuadrilla de juego de cañas. Para estos gastos no era preciso la licencia real, a no ser que tales recibimientos y fiestas fueran muy costosos.

Las ropas talares, sayos, calzas y gorras de terciopelo *aforradas en raso* o en telas de plata, con que los Regidores salían al recibimiento de su Rey o Príncipe y le traían bajo palio, también era costumbre general que se dieran a costa de propios.

Son varias y muy curiosas las fiestas que con motivo de las entradas de reyes y príncipes y nacimiento de éstos se han celebrado en la Montaña y que tenemos anotadas; y acaso entre todas brillen más, por la animación y el entusiasmo, las que tuvieron lugar los días 20, 21 y 22 de julio del año 1861 para festejar la llegada a Santander de la Reina Doña Isabel II, su esposo Don Francisco de Asís, el Príncipe de Asturias Don Alfonso y las Infantas Doña Isabel



Festejos a S. M. Doña Isabel II en 1861. Carro triunfal.

y Doña Concepción y Doña Pilar. Por ser de fecha más cercana no se da aquí la descripción de tales fiestas, que con facilidad puede verse en algunos libros y periódicos. Sin embargo, como ilustración de estas notas se han escogido varias fotografías, poco o nada conocidas, que se hicieron entonces de los carros de triunfo, comparsas y danzas que con las músicas y tamboriles del país, gigantones y enanos recorrieron las calles de la ciudad, celebrando la alborada y contribuyendo a los regocijos de aquellos días.

Describiremos solamente en esta ocasión la llegada a Santander de la reina Ana en el siglo XVI y el nacimiento, en los primeros años del siglo XVIII, del príncipe Don Luis I.

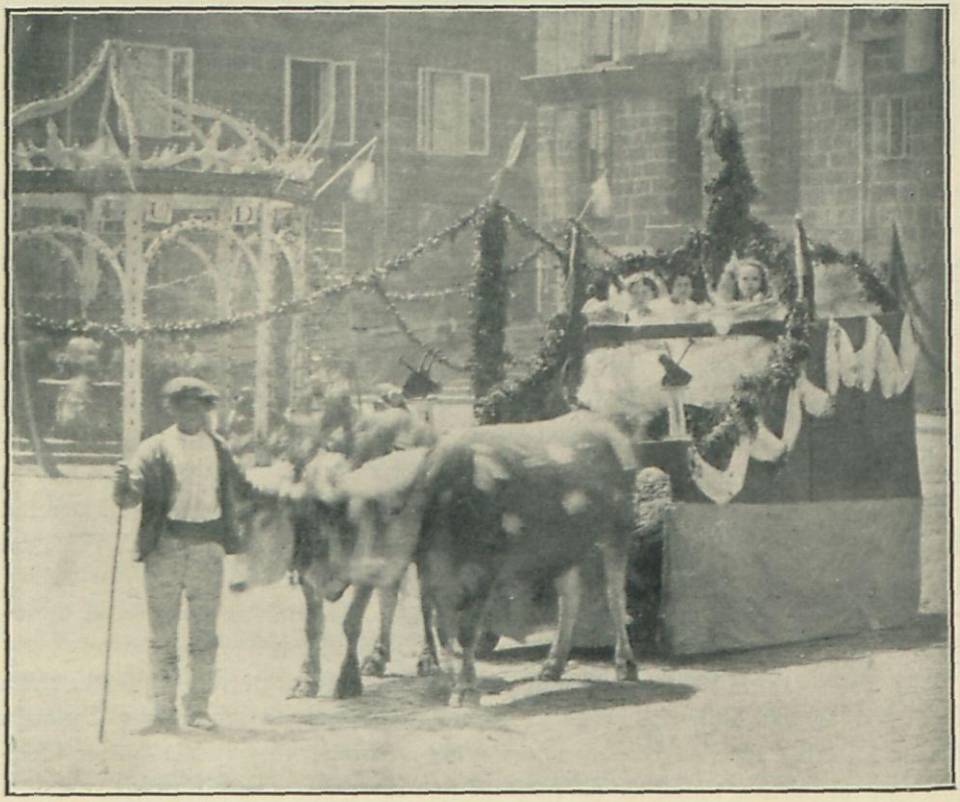
En ambas fiestas figura *la danza de espadas*, bailándose también la *de arquillos* en la segunda.

El 3 de octubre de 1570 desembarcó en este puerto de Santander la reina doña Ana, cuarta mujer de Felipe II, hija del emperador Maximiliano II y doña María, hija de Carlos V. De una relación del recibimiento y fiestas que se hicieron con tal motivo tomamos las noticias que interesan a nuestro objeto.

Como treinta naos grandes muy hermosas, todas pintadas de colorado y

blanco, entraron dos horas antes de anochecer y con recio tiempo de aguas y viento en nuestro puerto; delante de todas venía la Capitana y en ella la reina, que desembarcó en una pinaza del duque de Béjar. Los regidores de la villa no estaban apercibidos y quitaron un dosel de terciopelo negro que estaba delante de un crucifijo en la iglesia e hicieron de él un palio con seis varas de palo revueltos en ella unos tafetanes amarillos, y fueron los canónigos y frailes de San Francisco con sus cruces cantando el *Te Deum laudamus* y llevároнla de la mar a su posada, que fué una casa de un vecino, la primera que estaba junto adonde desembarcó. Llegada a la posada le buscaron qué cenar y fué menester juntar unos platillos de plata que tenía aquí un burgalés, para en qué cenase; otro día a prima noche el regimiento hizo ir una danza que habían sacado el día del Corpus, y bailaron debajo de las ventanas de la reina, que gustó mucho y se rió mucho de verlos y mandó que bailasen más. Al siguiente día hicieron una *danza de las espadas* con la misma librea de la otra danza y fueron a bailar delante de la reina, que se holgó mucho de verlos.

* * *



Festejos a S. M. Doña Isabel II en 1861. Carro triunfal.

El día 30 de agosto de 1707 llegó a Santander la noticia del nacimiento del príncipe Don Luis I; se juntaron en el Ayuntamiento el alcalde mayor, el alcalde ordinario, los regidores, el procurador general y el escribano de dicho Ayuntamiento, y nombróse una Comisión que fuera a dar tan felicísima noticia a los señores abad, prior y Cabildo de la *Insigne Iglesia Colegial de los Cuerpos Santos*, y a las comunidades de los conventos de San Francisco, San Jerónimo, Compañía de Jesús, Santa Clara y Santa Cruz; se publicó «con cajas y pífanos, en los balcones de las Casas Consistoriales, a que acudió toda la república, con grandes demostraciones de regocijo; y se puso en la ventana principal un retrato de cuerpo entero del Rey nuestro Señor Felipe Quinto, con su marco de talla, dorado, debajo de un riquísimo dosel, y a los lados cuatro banderas, adornados los balcones con ricas colgaduras; se tocaron todas las campanas y dispararon los relojes. Se cantó el *Te Deum*, en acimiento de gracias, se corrieron toros con cuerda, hubo por la noche luminarias, hogueras, tres salvas de artillería y otras tres de mosquetería, con tambores, pífanos, danzas y regocijos que manifestaron el amor, fidelidad y alborozo».

Fuéronse repitiendo diferentes fiestas, pero se reservaron las principales para los días 11, 12, 13, 14 y 15 del siguiente mes de septiembre.

Se publicaron y anunciaron éstas y se extendió la noticia «por las Nobilísimas y antiquísimas Montañas de sus Comarcas y concurrieron todos los caballeros principales, con sus familias, y la demás gente popular; habiéndose portado la villa con los referidos caballeros, dándoles asientos en todas las funciones, y cortejándoles conforme a sus relevantes prendas, y el efecto a que vinieron».

El día 11 se dió principio a tales fiestas con máscaras de a caballo, con diversas libreas, corrida de parejas; vítores, que se fijaron con disparo de carabinas y pistolas, en dichas casas de Ayuntamiento, hogueras, luminarias, tambores, pífanos, chirimías, danzas y otros festejos.

Al siguiente día se corrieron en la Plaza Mayor doce toros, como se describe en otro lugar de este número, y por la noche luminarias, hogueras, danzas, chirimías, tambores, pífanos y otros festines.

El día 13 se corrieron parejas, gansos de a caballo, y artesa de agua; y por la noche hubo entremeses, mojigangas representadas, loas, danzas de hachas, y otras fiestas con luminarias y regocijos. Al siguiente día siguieron las danzas, comedias, luminarias y salvas.

Para el último día y como remate y fin de fiesta, se hizo una «procesión general, con el Santísimo Sacramento, en una riquísima Custodia, debajo de un Palio de tela passada blanca, con fluecos de oro, cuyas varas llevaron caballeros de la comarca; mostráronse las cabezas de los ínclitos Patronos de la villa, San Emeterio y Celedonio, y el brazo de San Germán.

»Ejecutada esta procesión con mucho adorno de Comunidades, luces, pendones y aseo, con *Danzas de arquillos y espadas*, que iban en el centro de dicha

Festejos a S. M. Doña Isabel II en 1861. Danza de ninfas.

Procesión; y en la Plaza estaba formada una Compañía de ochenta mosqueteros, que dieron cuatro cargas cerradas a los tiempos que en el discurso de la Procesión avistaban a Su Magestad Divina, arrodillándose todos, y yendo el Capitán, Alférez y demás Oficiales a hacer las demostraciones de rendimiento debidas, tremolando la Bandera, tendiéndola para que pasase el Preste sobre ella, quien les echó bendiciones con la Custodia.»

En la Colegial hubo sermón, y por la tarde hubo juego público de armas «en que con gran lucimiento tomaron la espada muchos de los circunstantes; habiendo por la noche fuegos, que se compusieron de un árbol de veinte pies de alto, muy cuajado con ruedas y remates; un carro de fuego, seis bombas, seis fuentes, muchas docenas de cohetes de vuelo, con diferentes truenos, y candelillas, doce docenas de carretillas, espadas y broqueles de fuego, y otros muchos cohetes, danzas, chirimías, tambores y pífanos.»

Durante estos cinco días estuvo el retrato del rey como se había colocado el primero y con cuerpo de guardia. Los caballeros y damas formaron sus danzas y se vistieron ricas galas, suspendiendo por este tiempo los lutos que algunos tenían; ningún vecino de la villa ni de sus contornos trabajó durante los días

que duraron estas fiestas, si damos crédito a la curiosísima y muy rara relación que las describe.

FIESTAS AL PUBLICARSE LA CONSTITUCIÓN DE 1812

Entre las fiestas que tuvieron lugar en esta provincia con motivo de celebrar la publicación y prestar el juramento de la Constitución política de la Monarquía española del año 1812 sobresalen las que se hicieron en la villa de San Vicente de la Barquera.

El 16 de octubre de 1812, congregados en el salón de la casa de la condesa de Villanueva de la Barca, que servía de Consistorio interino, por haber reducido a cenizas las tropas francesas en su primera entrada la Casa Consistorial, los alcaldes ordinarios y regidores, diputados del común, mayordomo del gremio de Mareantes y demás autoridades y personas de significación, se consignaron en acta capitular las funciones públicas y solemnidades con que los vecinos de San Vicente y demás lugares de su jurisdicción habían acogido la Constitución política.

De un pliego impreso, muy curioso y raro, en que se describen tales fiestas, tomamos lo esencial de ellas.

El repique de campanas, las salvas de muchas y diferentes armas de fuego que se habían reunido y de la artillería de una goleta inglesa surta en la ría, vistosamente empavesada, como las demás embarcaciones menores que había en el puerto, anunciaron el comienzo de la fiesta.

A las tres de la tarde dirigióse el Ayuntamiento al tablado levantado en la plaza, a cuyo frente estaba el retrato de Fernando VII. Cuatro jóvenes uniformemente vestidos, y cada uno con una tarjeta puesta en un asta guarnecida y orlada vistosamente con cintas subieron al tablado y ocuparon los cuatro ángulos, desde donde leyó cada uno por su orden y con el mayor aire y despejo una décima que contenían las cuatro tarjetas.

Hubo después discursos y lectura de la Constitución con gran solemnidad.

Al toque de la oración dió principio la iluminación general con muchas hogueras en distintos parajes, de tal modo —dice la relación a que nos hemos referido— que desapareció la noche y se puede decir no la hubo entre el uno y el otro día, no sólo por la claridad de la iluminación, sino por el festivo bullicio y divertidos bailes con que se pasó.

Al siguiente día se prepararon todas las gentes para presentarse en el templo, donde se celebró la misa con la mayor pompa y solemnidad, y al ofertorio se leyó nuevamente la Constitución y se pronunció una exhortación, y al final de la misa se tomó juramento con las más expresivas y reverentes demostraciones, a todos los que se hallaban presentes.

Hubo después un espléndido convite, que con anticipación había hecho el Ayuntamiento.

Por la tarde hubo gozosas diversiones y repetidas salvas, esmerándose unos y otros en varias invenciones y disfraces burlescos y alusivos a las circunstancias.

Para la noche, D. Guillermo Dikinson tenía preparado un magnífico ambigú, para el que convidó a todas las señoras y personas de distinción del pueblo y forasteros, con un baile general. Allí brilló la abundancia y diferencia de manjares y licores, los brindis, las aclamaciones. El sarao y baile duró hasta el día siguiente, cada uno hizo gala de sus habilidades, afirmando la relación que en ninguna de las diversiones y en medio de tanto gentío se notó el menor exceso y que «seguramente seguirían muchos días unos ánimos inflamados con espíritu tan gozoso, que parecía se acababan de librar de la más cruel esclavitud, si no se viesen precisados por necesidad a acudir a la recolección de sus frutos y vendimia que se había publicado para aquel día».

OTRAS DIVERSIONES PÚBLICAS.—LAS MAYAS.

Muchas de las fiestas y diversiones que acaso por su ingenuidad y sencillez ponen al recordarlas una sonrisa en nuestros labios, pero que dieron gratas horas de solaz y contento a nuestros mayores, van perdiéndose entre la balumba de modernas innovaciones y al influjo del creciente progreso.

Queda ya bastante lejana la fecha en que los programas de las tradicionales fiestas de Santiago en nuestra ciudad anunciaban solemnemente: «A las nueve de la noche partirá de la plaza de la Constitución la banda de música, contratada para estos días, precedida *de un colosal y lujoso farol* con inscripciones que servirá de anuncio de las fiestas...»; se dispararán bombas explosivas en mortero de grueso calibre»; época en la que los fuegos artificiales, con muy varias y curiosas denominaciones, eran anunciados pomposamente, como los cohetes a la congreve y «el arco triunfal compuesto de columnas giratorias, obeliscos, guirnaldas de sorpresa, que ostentaba en el centro el escudo de armas de Santander y que terminaba con la gran muralla de Egipto en fuego chinesco.» Gigantones y enanos, comparsas de chinos, corridas de toros, carreras de caballos y de carros romanos en el campo de la Albericia, el Juego de la Sortija, regatas de lanchas traineras, de chalanas, cada una de las cuales era tripulada por *un aficionado que llevaba los ojos vendados*, constituyeron los principales festejos de las ferias del año 1877.

Han ido también desapareciendo en muchos pueblos de la Montaña antiguas prácticas y costumbres que ofrecen sabroso comentario al folklorista que las estudia. Algo podríamos decir de varias fiestas religiosas, con sus cantos devotos o profanos, y vueltos a lo divino en ocasiones, con sus picayos y dan-

Festejos a S. M. Doña Isabel II en 1861. Carro triunfal figurando una locomotora.

zas que se han conservado en alguna aldea montañesa muy a pesar de la Real cédula de Carlos III en 1777 mandando que no se tolerasen bailes «en las iglesias, sus atrios y cimenterios, ni delante de las imágenees de los Santos, sacándolas a este fin a otros sitios», y de aquella Real orden en que se decía en 1780: «en ninguna iglesia de estos reinos, sea Catedral, Parroquial o Regular, haya en adelante danzas ni gigantones; y cese del todo esta práctica en las procesiones y demás funciones eclesiásticas, como poco conforme a la gravedad y decoro que en ellas se requiere.»

Pascuas y cantos de Resurrección, marzas y mayas, cantos de Reyes y de domingo de Ramos, cantares de Semana Santa y de romerías, viva manifestación de las ideas y sentimientos del pueblo que los entona en sus fiestas y regocijos, servirían de complemento a estas notas, para darlas sabor y colorido, si la extensión de ellas lo permitiera. Sin embargo no he de terminarlas sin dedicar unas líneas a la fiesta de *Las Mayas;* diversa de la de los *Mayos* que se menciona en varios libros montañeses y que se ha interpretado con acierto en el Teatro de Pereda no hace muchos días por los Coros de Cabezón de la Sal que dirige D.ª Matilde de la Torre.

Consérvase todavía en algún pubelo de nuestra provincia de Santander restos de la fiesta de las Mayas. Para algunos autores es esta fiesta «una representación del casamiento a que siempre aspiran y se van disponiendo las mozas». Veamos una descripción que nos pone de manifiesto en qué consistía tal fiesta. Júntanse las muchachas en un barrio o calle y de entre ellas eligen a la más hermosa y agraciada para que sea la Maya; la engalanan con vestidos y tocados; corónanla con flores o con piezas de oro y plata, como reina, pónenla un vaso

Festejos a S. M. Doña Isabel II en 1861. Comparsa de pastoras.

de agua de olor en la mano; luego la suben a un tálamo o trono, donde se sienta con mucha gracia y majestad, fingiendo la chicuela mucha mesura. Las demás la acompañan, sirven y obedecen como a reina, entreteniéndola con cantares y bailes. A los que pasan por donde la Maya está piden para hacer rica a la Maya;

y a los que no dan nada los llaman «Barba de perro que no tienes dinero», o «Barbas de gato que no tiene cornado», y otros oprobios parecidos.

Rodrigo Caro, el autor de *Las ruinas de Itálica*, poesía que basta para darle eterna fama de poeta, nos da la descripción de esta fiesta en sus *Días geniales o lúdricos*. En ese libro, obra de erudición, sin duda alguna, que ha sido impreso por la Sociedad de Bibliófilos andaluces y que, como han señalado varios autores, es la obra maestra del folklore español, sobre todo hispalense, se afirma que la fiesta de la Maya no representa el matrimonio, como algunos quieren, precisamente por celebrarse en mayo, pues en ese mes no se casaban antiguamente, porque en él se celebraban las fiestas a los Lemures o dioses de los difuntos.

Por eso creía el vulgo que las que se casaban en el mes de mayo eran malas mujeres, conforme a aquel verso latino:

«Mense malas Majo nubere vulgus ait...»

Por lo cual cree más acertada la opinión de Alonso García Matamoros, el cual opina que esta fiesta se celebra en honor de Maya, hija de Atlante y madre de Mercurio, y que ella dió nombre al mes.

De la hermosura de Maya ya nos habló Ovidio, el poeta latino, en aquel verso:

Quorum Maja suas forma superasse sorores traditur...

Pero sea lo que fuere de esto, bástenos ahora saber que en nuestra provincia de Santander ha existido esta fiesta y aun quedan rastros de ella que yo he visto y recogido en algún pueblo de la Montaña. Veamos ahora, entre otras letras que se cantan en tal fiesta, el romance en que se hace el retrato de la Maya.

Tu cabeza, dama,
es tan pequeñita
que en ella se forma
una margarita.
Tus orejas, dama,
no gastan pendientes,
que todo lo adornan
tu cara y tu frente.
Tu frente espaciosa
es campo de guerra
donde el rey de España
puso su bandera.
Tus cabellos, dama,
son madejas de oro
que cuando los peinas
se te rizan todos.
Tus ojos, señora,
son luceros de alba
que de noche alumbran
nuestras esperanzas.
Tu nariz aguda
es filo de espada
que los corazones
sin sentir los pasa.
Tus labios, señora,
son de filigrana;
cuando los meneas
me quitas el alma.
Ese hoyo que tienes
en la barbadilla
es la propia grana
para el alma mía.

Tus brazos, señora,
son dos fuertes remos;
guían y gobiernan
estos marineros.
Tu cintura, dama,
siempre voy temblando
de que *te se* rompa
cuando vas andando.
Tus rodillas, dama,
son borlas de plata;
bien haya la tierra
donde ellas descansan.
Tus pasitos, dama,
son tan menuditos
que engañas al mundo
con esos pasitos.
Esos cinco dedos
que hay en cada mano
son diez azucenas
cogidas en mayo.

Este romance es una linda y notable variante del mayo que inserta Polo y Peyrolón en *Los Mayos. Costumbres populares de la sierra de Albarracín*, y del *Retrato* publicado por «Fernán Caballero» en *Callar en vida y perdonar en muerte.*

Comparando las tres versiones se observa que la que he recogido en esta provincia es más poética algunas veces que las otras dos, y ofrece notables variantes con ambas.

En algunos pueblos he oído cantar esta versión de la Maya en los cantos de Marzas, poniendo entonces como principio estos versos:

Oh marzo florido,
seas bien venido;
florido marzo,
seas bien llegado.
Salga doña N.....
la del pelo largo;
Dios le dé buen mozo,
bueno y bien portado.

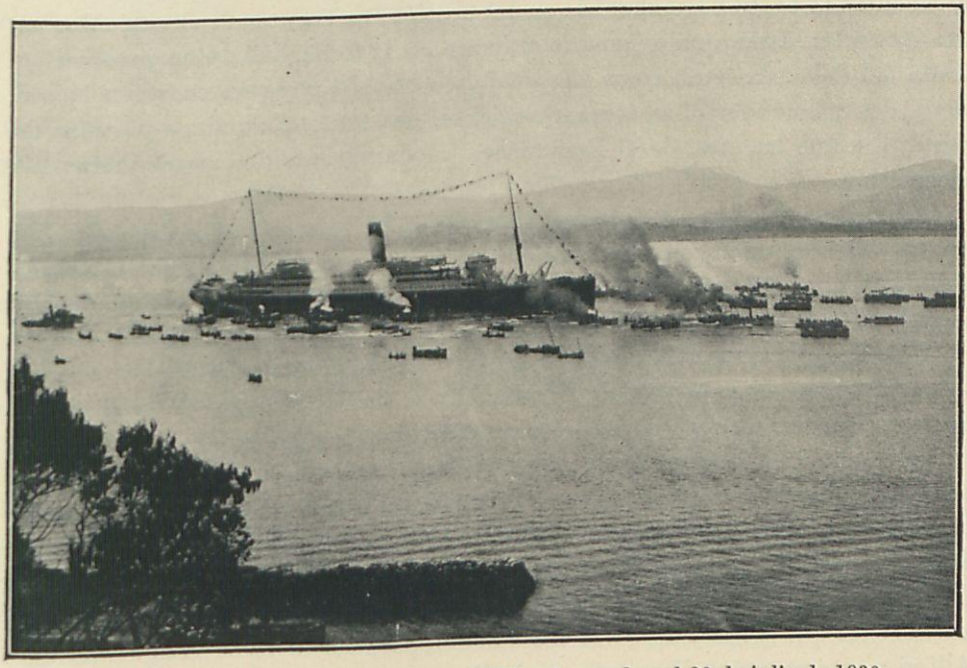
Lope de Vega observa en *La Dorotea* «que los poetas tienen versos a dos luzes, como los cantores villancicos, que con poco que les muden sirven a muchas fiestas». Esto también podemos afirmar del pueblo, y así observamos que en algunos pueblos de nuestra provincia de Santander se celebra la fiesta de la Resurrección del Señor de modo análogo a la fiesta de la Maya, aunque entonces entonan este cántico de gloria en lugar de hacer el retrato de la Maya:

¡Oh qué sábado de gloria!
¡oh qué domingo de flores!
¡oh qué sábado de gloria
ha amanecido, señores!
Este ramo que traemos
de escalina y escalones
le han hecho cuatro doncellas
hijas de unos labradores.
Esta noche ha florecido
entre la verde azucena,
esta noche han florecido
hasta las mozas solteras.
¡Cuánto hace que no se ha visto
Jesucristo con su Madre,
cuánto hace que no se ha visto,
desde el jueves a la tarde!

Quítale el mantón de luto
a la princesa María;
quítale el mantón de luto
y ponle el de la alegría.
Quítale el mantón de luto,
porque el luto es muy pesado;
quítale el mantón de luto,
que Cristo ha resucitado.
Ahí bajan las golondrinas
a quitarle las espinas,
ahí bajan los pajaritos
a quitarle los clavitos,
ahí bajan los ruiseñores
a quitarle los dolores.

Estos restos o reminiscencias de la fiesta de *Las Mayas* que fué general en España nos presentan una modalidad que conviene tener en cuenta al hablar de la misma, y la aplicación de unos cantos o romances de una fiesta a otra, acaso muy diversa en su origen. Conviene recordar que por bando de 21 de abril de 1769, publicado en Madrid, se prohibió el abuso de las Mayas o muchachas que en el mes de mayo solían manifestarse en las calles con otras, pidiendo con importunidad y un platillo dinero para ellas; a los padres o personas a cuyo cargo estuviera el cuidado de las que en esto se ejercitaban se les impuso la pena de diez ducados y diez días de cárcel, con apercibimiento de proceder a lo demás que hubiese lugar, según el caso y circunstancias que ocurrieran.

TOMÁS MAZA SOLANO



Llegada de S. M. el Rey Don Alfonso XIII a Santander, el 20 de julio de 1930, en el transatlántico inglés «Arlanza».

TOROS EN SANTANDER

Nos es lícito, sin duda, presumir a los montañeses de caracteres que nos diferencian de otras regiones peninsulares; pero es justo confesar que entre los que constituyen el gran fondo idéntico que nos hace sentir la solidaridad con el resto de los pueblos españoles está la afición taurina. Secular es su tradición entre nosotros. Carecería de interés ahondar en épocas que para el taurinismo actual pueden calificarse de prehistóricas. Nada aportaríamos que valiera la pena con la suposición —en este caso bien fundada— de que la fiesta de toros haya seguido en nuestro pueblo los mismos trámites, etapas y evoluciones que en el resto del país. Sin necesidad de ello, concretándonos a lo documentalmente comprobable, encontramos testimonios de antigüedad respetable. Ya en 1503, en el *Voto y Capitulación que esta villa de Santander y los señores Prior y Cabildo de ella hicieron a honra del Apóstol San Matías, Abogado de la pestilencia*, cuando ésta fatigaba a la ciudad, entre los obsequios que ofrecían al santo, cuando tanto esperaban de su intercesión, se cuentan los contenidos en esta cláusula: «Item que se guarde y honre en la dcha. villa e su jurisdicción el día del dcho. Apóstol, como día de Pascua, y si cayese en cuaresma que a honra del dcho. Apóstol se corran los dchos. dos toros el domingo postrero de carnaval e que los sres. de el Regimiento puedan gastar doscientos maravedís en colación de los propios de la villa.»

Tal curioso ofrecimiento nos descubre que en los primeros años del siglo XVI era tradición añeja correrse toros el día de San Juan; es decir, por el mismo tiempo en que la Reina Católica mostraba su repugnancia por el festejo, denunciando su falta de fuerzas para impedirle.

En 1517 recibió la Montaña la visita del Emperador Carlos V, que venía a tomar posesión de la corona de España. Moró en San Vicente de la Barquera catorce días, retenido por unas pertinaces fiebres que le aquejaron, y durante ellos fué obsequiado en la ilustre villa con una corrida de toros, de la que poseemos referencia, ya que no relación completa, por Laurent Vital, ayuda de cámara de Juan de Luxemburgo, que acompañó al Emperador durante todo este viaje. «Algunos días después de que nuestro Señor el Rey hubo llegado al dicho San Vicente —refiere Vital—, los de la villa hicieron un cerrado, en el mismo sitio que el mar cubre dos veces al día, para correr toros en aquel terreno. Allí vi a un joven castellano que, a pie firme, esperaba la acometida de un toro furioso que venía sobre él para herirle con las astas, y en el momento que casi

le tocaba se arrojaba entre los cuernos, sosteniéndose con sus brazos, y apretándole el cuello de tal modo, que la bestia corría frenéticamente llevando al hombre sobre su cabeza, que a fuerza de comprimirle el pescuezo le obligaba a caer rendido, y bien prevenido le sujetaba por los cuernos contra el suelo el tiempo necesario para poder huir y ponerse en salvo antes de que la fiera hubiese cobrado aliento suficiente para perseguirle.»

La suerte descrita por Vital no es otra cosa sino una variante espectacular de la llamada mancornar, que aun se practica en el campo castellano (castellano era el diestro de San Vicente), si bien no como bizarría de lidia, sino como trámite necesario para domeñar al toro en ocasiones en que es preciso llegar a él para cualquier intervención de cura o doma. Sólo puede hacerse con ganado de media casta, o morucho, y ello nos dice con claridad harto expresiva la clase de toros que se corrieron en tan sonada ocasión. Precisamente a la práctica de esta suerte responde el ancho cinturón de cuero llamado *media vaca* que aun usan los charros en sus típicos trajes, de abolengo indudablemente ganadero.

Siguiendo nuestra excursión únicamente por el seguro, aunque acaso algo monótono camino de la documentación rigurosa, hemos de encontrar testimonios suficientes para comprobar lo ininterrumpido de la costumbre de lidiar toros en nuestra ciudad. De 16 de febrero de 1582 es un acuerdo municipal de que se corran toros «el viernes, víspera de San Matías, como siempre se ha hecho», corroboración de la fidelidad de la ciudad al voto transcrito, siendo de notar que el espacio de setenta y nueve años, breve para nuestra perspectiva, era para los regidores santanderinos, que ignoraban, sin duda, la fecha de la implantación de la costumbre, tan dilatado, que sólo podía encerrarse en una fórmula absoluta de inmemorialidad.

Durante todo el siglo XVII seguimos encontrando testimonios análogos en acuerdos municipales. De 1620 son los dos que transcribo a continuación. El primero, de 26 de junio, nos informa de que se acordó «que el domingo que viene se corran toros por la onrra del s. Sn. Juan, y así se apregone». El segundo, de 3 de septiembre, acredita que la afición a correr toros había aumentado, pues ya no sólo se corren por San Juan y San Matías, sino que a estos festejos taurinos se añaden los de las fiestas de San Roque: «acordóse que se apregonen los toros del s. Sn. Roque para el domingo que viene, seis de este mes».

Pero el suceso taurino que merece por vez primera en Santander los honores de la relación impresa es el acaecido en las fiestas «que se celebraron en Santander por el nacimiento del Príncipe y Señor don Luis el Primero». El 12 de septiembre de 1707, «en la plaza mayor, adornada con colgaduras, y sus balcones asistidos de Caballeros y Damas, se corrieron doce toros, por mañana y tarde; aviendo traído para esta fiesta toreadores de Navarra, que capearon, pusieron vanderillas, dieron muerte a cuatro toros estoqueados y lanzadas de a pie con gran primor; que sacaron de la plaza tres azémilas adornadas con cubiertas en-

TOROS DE MUERTE.

CON EL CORRESPONDIENTE PERMISO

SE LIDIARAN EN ESTA M. N. S. L. Y D. CIUDAD DE SANTANDER

EN LOS DIAS 15, 16 y 17 DE AGOSTO DE 1846,

(SI EL TIEMPO LO PERMITE.)

MANDARA Y PRESIDIRA LA PLAZA LA AUTORIDAD COMPETENTE

Los toros son de las acreditadas ganaderías de *D. Antero Lopez*, de Colmenar Viejo, provincia de Madrid, de *D. Pablo Elorz y Bermejo*, de Peralta, de los Sres. *Lizaso y Poyales*, de Navarra y de *D. José Morillo*, de Egea de los Caballeros, en Aragon.

ESPADAS. El yá célebre y afamado José Redondo, conocido por el *Chiclanero*, de Chiclana, Gaspar Diaz, de Cadiz, asistidos de su lucida cuadrilla de Banderilleros, entre los cuales se hallan el intrépido José Calderon, conocido por *Capita*, de Sevilla, Gregorio Jordan, de Madrid, Nicolas Baro, de Chiclana y el nunca bien ponderado Cayetano N. Diaz, conocido por *Mosquito*.

PICADORES. El valiente Gallardo, del Puerto de Sta. María, Pedro Romero de Sevilla y su correspondiente reserva. De estos Picadores habrá dos en Plaza y se advierte que si se inutilizasen todos en las corridas no hay obligacion de presentar otros.

Se usarán banderillas de fuego para los toros que no tomen vara.

PRECIOS.

LOCALIDADES.	Rs. Vn.	LOCALIDADES.	Sombra	Sol.
Palcos.	160	Grada cubierta, inclusa la entrada.	20	16
Entrada de estos	8	Valla y barandilla, id. id.	14	10
Delantera de Palco, inclusa la entrada.	34	Tendido id. id.	12	7
Segunda fila de id. id. id.	30			

ADVERTENCIAS. 1.ª Las personas que quieran abonarse pueden acudir á la Administracion de Postas desde el dia 9 al 13 y horas de 9 á 1 por la mañana y de 3 á 6 por la tarde.

2.ª En los abonos se harán las rebajas siguientes: Palcos 60 reales, asientos delanteros de id. 12 reales, segunda fila de id. 10 reales, grada cubierta, valla y barandilla 6 reales.

3.ª En los mismos dias que se verifiquen las corridas se repartirán los prospectos con el nombre del ganado, vacada á que corresponde y divisa con que saldrá á la Plaza.

Santander: Imprenta y Litografía de Martinez.

carnadas, jaeces y dos escudos de armas reales cada una, y por último otro toro con manta de cohetes muy copiosa...» La fiesta taurina llevaba en Santander el mismo ritmo evolutivo que en el resto de España. Comienzan ya en esta época a fijarse las prácticas y maneras de que ha de surgir el toreo moderno. Prevalece el toreo de a pie y se ponen banderillas, bien que una a una, pues el ponerlas a pares es invención, por cierto de un torero francés, bastante posterior. Se estoquean los toros, pero sin usar la muleta, invención más tardía de Francisco Romero, de Ronda. Se practica la lanzada a pie, apoyado el cabo de la lanza en el suelo, como ochenta años después había de legislar *Pepe-Hillo*. Todas estas suertes se jugarían anárquicamente por esos toreros navarros, con lucimiento individual de iniciativas y gallardías que habían de culminar en el atrevimiento de *Martincho*, que inmortalizó Goya.

Desdichadamente para nuestra curiosidad no conservamos apenas relaciones de festejos motivados por acontecimientos públicos extraordinarios; pero, en vista del fragmento transcrito y de los que a continuación copio, no parece temerario deducir que no hubo santo de monarca, nacimiento de príncipe, proclamación de nuevo rey o estancia de personaje famoso que no obtuviera en celebridad su correspondiente función de toros.

Conocemos detalladamente, por un libro manuscrito de D. Pedro García de Diego, vista de la Aduana de Santander y testigo presencial de las fiestas que describe, las que celebraron en nuestra ciudad la proclamación de Carlos IV. Hubo en ellas hasta tres corridas de novillos, festejo de bien distinto carácter del mencionado del nacimiento de Luis I, pues si en éste lucieron su habilidad profesionales diestros, y ricamente paramentados, en el que celebró la proclamación de Carlos IV debió triunfar la alegría popular, lidiando novillos con el mismo entusiasmo y pasión que hoy vemos en las capeas de tantos pueblos de Castilla.

El puntual cronista no hace mención especial de los acaecimientos de la primera tarde de novillos; pero se demora en ponderar la brillantez y buen éxito de la segunda y tercera, y el gusto que los santanderinos sentían por la fiesta. «A las tres de la tarde era la (hora) designada para la segunda corrida de novillos. Y como la primera causó tan general satisfacción, a la voz de esta noticia creció el gentío en tal disposición que, conociendo muchos quán difícil les sería en tan extremada multitud lograr despejado sitio para la vista, si perezosos aguardaban a la mañana, se anticiparon a saludar a la Aurora desde los tablados. Y aun fué más chistosa la prevención de varios Marineros (ya se sabe quán es su afición a este género de diversiones). Éstos, temiendo no poder ocupar segunda vez el sitio donde vieron los novillos la tarde anterior, no quisieron perder la posición del paraje que a costa de mil apretones havían logrado. Y con esta idea, sin separarse un punto, hicieron en él aquella noche catre, aunque nada blando para su descanso, disimulando gustosos la incomodidad de tan dura cama por no perder la diversión ni exponerse a no lograr sitio.

Los tendidos, barreras y balcones, mucho antes de llegar el tiempo se dexaron ver tan cubiertos de huéspedes, que su aspecto no presentaba a la vista más que una multitud confusa de innumerables rostros; siendo esto quanto únicamente alcanzaba a distinguir el más perspicaz, ofuscado con tan extraordinaria muchedumbre. El día vino al mismo paso con tal lucimiento para la función, como si corriera únicamente de su cuenta el regocijo. Con ser en medio de invierno podía más el calor que el frío; y a no haverse levantado un aire suave, que con su refrigerio mitigaba los ardores del sol, hubiera incomodado notablemente; pero la ciudad tuvo tan a su disposición los temporales, que parece estaban depositados a su voluntad para servirse de ellos en estas funciones. Corriéronse esta tarde otros seis novillos, a quienes los aficionados pusieron vanderillas, con tanta destreza que havía hombre que, viniendo al balcón del Ayuntamiento, preguntaba dónde se las mandaban poner, si encima de los ojos, en la cerviz o en medio del cuello. En este exercicio lució con extraña habilidad un negro llamado Ramón, que jugó con los novillos, haciendo delante de ellos diversas figuras con especial acierto; tan diestro de manos, como si el toro no las tuviese para acometerle; y tan suelto de pies, que libraba toda su seguridad en lo imposible de darle alcance. Clavó todas las vanderillas que quiso y como quiso, con tanta prontitud y limpieza que se temió bien el que primero faltasen banderillas que brazos. Estas habilidades que los aficionados repetían con nuevos primores, premiaba liberal el Ayuntamiento, sirviendo su bizarría de nuevo estímulo...»

Todos los rasgos contenidos en estas noticias son dignos de consideración: lo pintoresco y contumaz de la afición de los marineros, la decisión de los improvisados diestros en tierra tan poco pródiga en este producto profesional, la destreza excepcional del negro Ramón, que seguramente no alcanzó para su peligrosa habilidad más elogios que los recatados en esta narración semi-inédita. Pero de todo ello lo que más pasmará al actual aficionado es la benignidad del tiempo, que en pleno invierno consintió la fiesta durante tres días sin aguarlas.

A principios del siglo XIX comienza a regularizarse la fiesta de toros con carácter de espectáculo de pago, con profesionales retribuídos, y a esta necesidad respondió la plaza de toros habilitada en las proximidades de la Alameda, aproximadamente en el lugar que hoy ocupa la calle de Juan de Alvear. Es lástima que la parquedad de noticias de este género en los periódicos de aquella época, no suplida por relaciones que acaso la misma prensa hacía parecer innecesarias, nos haya privado de las gestas taurinas de la primitiva plaza de toros de Santander. De un suceso de dolorosas consecuencias hay constancia escrita, y vale la pena reconstruirle, ya que debió impresionar vivísimamente a los santanderinos de aquel tiempo. Los días 15, 16 y 17 de agosto de 1846 se celebraron toros en Santander. Los programas, con espléndidas litografías del gran impresor santanderino Antonio Martínez, nos infor-

PLAZA DE TOROS EN SANTANDER.

TERCERA Y ULTIMA CORRIDA

PARA HOY 17 DE AGOSTO

(SI EL TIEMPO LO PERMITE.)

MANDARA Y PRESIDIRA LA PLAZA LA AUTORIDAD COMPETENTE

Se lidiarán 8 toros de las ganaderías siguientes.

TOROS.	GANADERIAS.	VECINDAD DEL GANADERO	DIVISA.
4	Sres. Elors y Bermejo	Peralta.	Amarilla.
1	D. José Murillo.	Egea de los Caballeros	Encarnada.
2	D. Antonio Lopez.	Colmenar Viejo.	Turquí y verde
1	D. Miguel Poyales.	Corella.	Verde.

NOMBRES DE LOS TOROS.	
1.º	COLETO. ... de los Señores Elors y Bermejo.
2.º	LARGUITO. del Señor Lopez.
3.º	BASTERO... de los Señores Elors y Bermejo.
4.º	SULTAN.... del Señor Poyales.
5.º	PAJARITO.. del Señor Lopez.
6.º	ASESINO... de los Señores Elors y Bermejo.
7.º	BOLETERO. idem idem
8.º	VENENO.... del Señor Murillo.

El Espada JOSE REDONDO (a) el **CHICLANERO**, agradecido á los favores que ha recibido de este respetable público, ejecutará en esta funcion muchas y difíciles suertes, entre ellas el salto del trascuerno y banderillará dos toros. MATIAS MUÑIS hará el salto de la Pica y CAYETANO SANZ matará el último toro. El Picador PEDRO ROMERO matará un toro á caballo, con la espada.

Toda la cuadrilla se esmerará porque en la funcion no quede nada que desear.

Los billetes se despachan en el mismo local que en las funciones anteriores.

Las puertas se abrirán á las dos y media. Se principiará á las cuatro.

SANTANDER: Imprenta y litografía de Martinez.

man que estaba encargado de pasaportar los toros José Redondo, *El Chiclanero*, figurando como sobresaliente el que había de ser después gran torero, Cayetano Sanz. José Redondo, nacido en 1818, discípulo del enorme Francisco Montes *Paquiro*, y antes, en la escuela de tauromaquia de Sevilla, de Jerónimo José Cándido (el gran maestro que precisamente por mediación de *Paquiro* y *El Chiclanero* había de imponer su concepción ecléctica del toreo tan distante de las sequedades del toreo rondeño de Pedro Romero como de las alegrías, recortes y ventajas de la escuela sevillana practicada por *Pepe-Hillo*), era la figura cumbre de su época, sucesor indiscutido de *Paquiro* y eslabón en la cadena de toreros que empezando en Cándido y Montes había de continuarse tras él con *Lagartijo*, *El Guerra* y *Joselito*. Aun no había toreado en Madrid el año 46; su presentación en la plaza de la corte fué el siguiente año; pero había toreado en Bilbao el año anterior en unión precisamente de Montes, y probablemente en Santander, ya que en el cartel se muestra como «agradecido a los favores que ha recibido de este respetable público». Por corresponder a ellos anunció que practicaría diversas suertes, entre ellas el salto del trascuerno; pero fueran las condiciones del ganado poco a propósito o bien que el temor o desgana se lo impidieran, llegó el último toro de la tercera tarde (*Veneno*, de la ganadería de Murillo) sin que el público hubiera disfrutado de la anunciada suerte. Sin duda, ello provocaría protestas; pero éstas se colmaron con el suceso inesperado de escaparse el toro de la plaza, que sin producir desgracias, milagrosamente, atravesó toda la Alameda, llena de gente, hasta ir a arrojarse a la bahía por la dársena. Luego corrió el rumor de la complicidad de *El Chiclanero* y su cuadrilla en la fuga del toro, al que parte del público debió dar crédito, pero otra, numerosa, no. Por desgracia estaban entre los mal pensados las autoridades, que tomaron inmediatamente una medida extraordinaria contra los diestros, juzgada con la diversidad de criterios manifestados en el suceso. Un bando del jefe superior político, D. Manuel García Herreros, nos informa de modo oficial de la siguiente y lamentable consecuencia del caso. Dice así: «Un suceso lamentable que correrá de boca en boca de mil distintas maneras, donde como en esta ciudad no existe un *Diario* que lo relacione, hace conveniente el presente anuncio para evitar que se dé crédito a relaciones inesactas por lo menos. La conducta de la cuadrilla de toreros en la tarde de ayer, para con la autoridad y para con el público, hizo necesaria la determinación de llevarla a la cárcel desde el sitio en que había faltado y con la misma publicidad. Este proceder no debió de ser de la aprobación de algunas personas, y reunidas con otras muchas tumultuariamente delante de la cárcel pedían a voces la escarcelación de los toreros. Las persuasiones y mandatos, así del Teniente de Alcalde D. Francisco de la Vega, como del Comisario de protección y seguridad pública y sus dependientes para que se retiraran, fueron absolutamente inútiles, haciendo necesaria la presentación de la fuerza armada. Llegó ésta cerca de la cárcel conducida por el Comandante general y volvieron a repetirse en vano las persuasiones y man-

datos para despejar el punto. Entonces, queriendo dicho Gefe imponer a los amotinados, al paso que prepararse a lo que pudiera ser necesario, mandó calar la bayoneta, y al tiempo de ejecutarse este movimiento se escapa un tiro, haciendo dos víctimas en el acto. Esta desgraciada casualidad pudo ser causa de reflexión para muchos, y conociendo, sin duda, lo injusto de sus pretensiones, se retiraron a sus casas, con lo que viendo disminuir el número acabaron de deshacerse los grupos. Tal es el lamentable suceso que con el objeto indicado pongo en noticia del público. Santander, 18 de agosto de 1846.»

A los treinta y cinco años moría *El Chiclanero* en Madrid. La simpatía que inspiró siempre a todos los públicos y arrastró acaso al de Santander a desafiar la amenaza de la autoridad, se desbordó con su muerte.

Ya no hay toros, ya no hay toros,
que se ha muerto *El Chiclanero*...

Hasta 1859 subsistió en Santander la plaza de junto a la Alameda, sustituída en ese año por otra de nueva construcción en el barrio de Molnedo, «capaz de siete a ocho mil espectadores, en un sitio pintoresco y ameno desde el cual se domina la bahía y se recrea la vista con los buques que entran y salen y con el horizonte despejado que se descubre», según nos informa D. Remigio Salomón en su *Guía de Santander*, publicada el año 1861, y como aun recuerdan muchos santanderinos.

La facilidad creciente de comunicaciones, que permitió a los toreros desplazarse para cumplir sus compromisos, cada día más numerosos, hace que la historia de las plazas ya desde esta época se confunda con la historia del toreo. A todas asisten los mejores espadas y sus cuadrillas, y sólo cuando algo excepcional, por la desgracia o por el arte, sucede, tal página puede valer la pena de narrarse como privativa del coso en que acaece. Hasta 1890 subsiste la plaza de Molnedo. La última corrida en ella celebrada fué notable por la bravura excepcional de los toros de Udaeta, que mal trajeron a *El Ecijano* y *El Espartero*, encargados de su lidia.

Los sucesos de la nueva plaza están en la memoria de todos los aficionados santanderinos, bien por relato, bien por vista. En ella, quebrando un par de banderillas, inició su decadencia física el gran Antonio Fuentes; en ella, el diestro madrileño Vicente Pastor, descabellando un toro, según su costumbre, sacando el estoque con una banderilla y corriéndole por el cuello, sufrió una grave cornada en la boca, que le puso en trance apretado. Pero el suceso excepcional acaecido en esta plaza, iniciativa tremenda felizmente llevada a cabo, fué la celebración de una corrida de dieciocho toros que con razón se llamó *monstruo*, y en la que el resultado artístico superó a cuanto se esperaba de la habilidad de los toreros, y eran éstos los mejores de España. El día 26 de junio de 1913, a las diez de la mañana, dió principio la corrida con la lidia de seis toros

de Benjumea por las cuadrillas de Vicente Pastor, *Cocherito de Bilbao* y *Torquito* (éstos, sin duda, en atención a la vecina villa) con apreciable éxito y sin más incidente desgraciado (único en todo el día) que la cogida de *Torquito*, que sufrió una cornada en un muslo. La primera parte de la fiesta de la tarde —tras la comida del mediodía, que gran parte del público hizo sin salir de la plaza— corrió a cargo de *Machaquito* y *Joselito el Gallo*, en los comienzos entonces de su paso deslumbrador por el toreo, y toros de Parladé. No decayó el interés durante los seis toros: pero donde había de culminar era en la última parte del programa —seis toros de Saltillo para Rafael *el Gallo* y Ricardo Torres *Bombita*. Dos faenas asombrosas hizo Rafael; pero *Bombita* logró cuajar la lidia completa de un toro, el quinto, *Reinasolo* de nombre, de modo inolvidable. El público, tras los dieciocho toros, aun pedía los sobreros. Tal empresa colocó a Santander en la primera categoría de plazas taurinas que ha venido conservando.

Podría hablar ya del tiempo a que alcanza mi memoria: no es preciso. Por nuestra plaza desfilan todos los años los toreros de más nombradía. Su feria figura entre las más sonadas. Su carácter, mezcla de feria tradicional y de festejo corriente de estación veraniega, le da un tono inconfundible. Un empresario genial va afianzando la costumbre de lidiar las corridas en los domingos que siguen al tradicional día de Santiago. Corridas goyescas, rejoneo campero y a la usanza portuguesa, corridas regias al estilo de principios de siglo (sin considerar acaso que la práctica de la asistencia de los reyes está creando, sin salir de Santander, el patrón de auténticas corridas regias) alternan en nuestros programas, siguiendo la moda de la fiesta en el resto de España, y a veces imponiéndola.

Pero no es necesario seguir comentando sucesos del día. Realmente me proponía evocar en relación sucinta los del pasado y concluir a vista de ello con la observación que ha dado principio a estas páginas. Entre las aficiones que, pese a nuestras diferencias regionales, nos descubren el idéntico fondo español de los montañeses, está en primer término, por su intensidad y constancia, la taurina.

José M.ª DE COSSÍO

NIÑA

ROMANCE ESPAÑOL

AYER

Orilla de aventureros
y de rosas navegantes,
pétalos de velas claras
sobre el cristal de los mares.
Costa verde y jardinera,
arsenal de Castro Urdiales,
donde la *Santa María*
tendió al cielo su velaje;
al costado lleva el nombre,
cándida tela en el aire,
los paveses en la borda
le sirven de guardainfante;
el astrolabio en el pecho,
como aguja mareante,
careo de soles rubios
y veredas cardinales,
soñaba el Descubrimiento,
mar tenebroso adelante,
encinta de un nuevo mundo
la novia del Almirante.
Dos velerillos la siguen,
andaluces de linaje,
Pinta y *Niña* se llamaban,
por lo pequeños y frágiles.
Con el escandallo iban,
a tientas en lo insondable,
como los ciegos que buscan
el bastón donde apoyarse.
Por armas conquistadoras
arcabuces medioevales,
tiros de piedra en la mano,

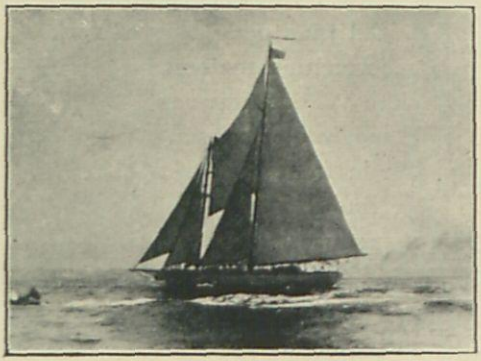
pulso de hierro en la sangre.
Dura tabla para el lecho,
rodelas por cabezales;
a las horas de comer
sirve oraciones un fraile.
Soledad en lo infinito,
heroica pugna en el trance:
una estrellita en el Norte;
a bordo, la sed y el hambre.

HOY

La partida.

Del puerto de Nueva York
salieron una mañana
siete veleros audaces
a medir una regata.
En la frente un grimpolón
de lino y viento las alas
iban, locos de aventura,
los siete con rumbo a España.
Amanecer tornasol,
mediodía de naranja,
olas grises y violeta,
noches de túnica blanca.
Lomos del piélago azul,
verdes estrellas lejanas;
el verano y las espumas
entonan una balada:
«Sirenita de la Mar,
reina del agua salada;
oye, niña, cómo reza,
oye, niña, cómo canta»...
Un velero atiende al son;
es el que *Niña* se llama,
aparejo de cuchillos,
vaso de cien toneladas,
mezcla de abeto y ciprés,
dos árboles en alzada...
¡qué bonito nombre tiene
de goleta sevillana!
El índice del bauprés
que los estayes amarra
es un dedo milagroso
extendido a la esperanza.

Nueve corazones bravos
le llevan a la regata;
San Telmo le ha protegido
como a nave capitana.
Y las brisas, los tritones,
la nube y la marejada,
predicen que este velero
ha de ganar en Cantabria.



Yate norteamericano *Niña*.

La llegada.

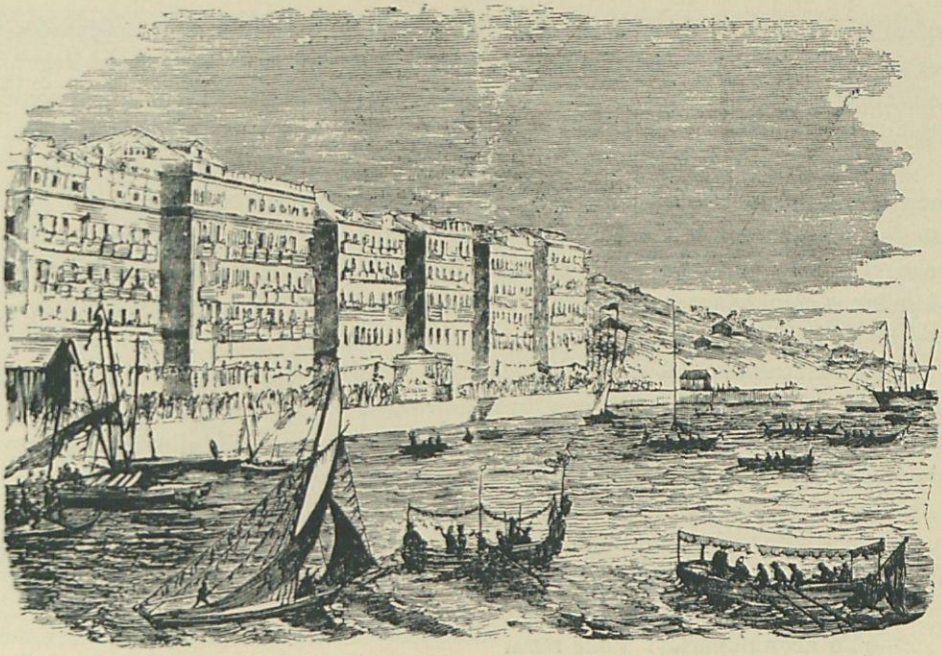
Riberas de Santander,
arrecifes del Cantábrico,
saloma de navegantes:
En el horizonte un barco.
¿Qué dicen los marineros?
¿quién pregunta por la nao?...
Está Don Alfonso XIII
en el timón de un balandro.
—Aquel velero—discurre—,
por lo gentil de su casco,
se parece a la galera
española de Lepanto;
quilla de roble, cortada
al caer la fruta del árbol,

menguante la luna roja
en el otoño dorado;
pinos de Utrera en el seno
y de Flandes en los palos,
aragonesas las jarcias
el trapío lusitano...
Así el *Carib* de los moros
y la *Liburca* de Accio,
táridas y *saetías*
de astilleros castellanos,
simientes de carabela
que altiva el remo dejando
se lanza del surtidero
a correr los oceanos...
Esto medita el Rey Joven
cuando la mañana flota
y los azules se empujan
en el cielo y en las olas.
—¡Ah del barco!—un marinero
desde su nave interroga—.
¿Hemos conquistado el premio
de la Reina dulce y blonda?
—Sí—le responde el Monarca—.
El premio en la lid os toca;
llegad a beber conmigo
jerez de la regia Copa.
Y el barco del horizonte
enfila a tierra su prora;
viene convocando al pueblo
con el himno de sus lonas.
Corre la gente a las playas,
los arenales rebosan
de saludos que traducen
una música remota.
Suena el perfil de los muelles
como enorme caracola;
bajo el Sol, enamorado,
todo el pueblo es una copla.

Siempre.

Carabelas de Isabel,
preñadas de vendavales,
que habéis alumbrado un mundo
en la cuna de los mares.
Nombres de mujer hubisteis,
blanca tela para el traje;
una reina os puso en vilo
con perlas de sus collares.
¡Qué bien surten las memorias
de vuestra hazaña fragante,
en ese *Niña* que viene
agitando los pañales!
Siglo de saltos y vuelos,
¡cómo se agacha y abate
para que el barco menudo
en el espacio se agrande!
Tiempo de raudos motores
y de prisas insaciables,
dócil al soplo textil
de una carabela errante...
Es la gloria que deviene,
es un pasado triunfante
que iza en los foques eternos
el resplandor de su imagen.
¡Ay infantina española
de incansable navegar,
te estaba esperando un Rey
a la orillita del Mar!

CONCHA ESPINA



Regatas celebradas en el verano de 1861, con motivo de la visita de Isabel II.

LAS REGATAS Y EL PUEBLO

LOS VIEJOS ESCRITORIOS

Ese hilo de casas del Muelle tenía ya tal señorío a principios del siglo pasado que aquel inglés, viajero curioso, que fué Jorge Borrow las saluda en su libro como a las casas más suntuosas que había conocido en puertos españoles. Ni las de Cádiz —dice— las igualan. Y hay que tener en cuenta que Cádiz era entonces el emporio del comercio antillano.

Las casas que admiraron a Borrow eran casas de ricos comerciantes, que las alzaron más con propósito mercantil que con un fin suntuario. Los bajos y los entresuelos eran los almacenes. Allí se amontonaban las estivas de sacos que por canalillos de tabla adscritos a los huecos bajaban resbalando hasta las escotillas de las naves. Por eso, y no por otra cosa, esas casas se alzaron en la ribera de la mar. Sobre los almacenes y en los pisos altos estaban las habitaciones de los señores comerciantes. En los entresuelos y en los bajos, entre paréntesis de tablas sahumadas de harina, una mesa sencilla y un butacón de cuero señalaban el escritorio. El señor comerciante podía bajar a primera hora, recién tomado el chocolate y recién leídos el *Boletín de Comercio*, o *La Abeja Montañesa*, desde su alcoba al escritorio, en bata y en pantuflas. En el escritorio le

esperaban el capitán de su fragata o de su bergantín, en visita de despedida, porque iba a salir para la Habana o Puerto Rico; o que se presentaba al llegar de viaje y que traía para el señor y la señora una caja de ricas regalías, un chal filipino, un crucifijo de marfil o la caja de dulce que tanto les gustaba a los niños.

Así estos escritorios del Muelle estaban como sahumados de olor a viaje y mar. Toda afición náutica había necesariamente de prender en ellos. Y por eso todas las manifestaciones que hubo en España de luchas entre buques de poco calado se produjeron en el corro íntimo de aquellos señores. Primero, los señores comerciantes de Santander tuvieron esquifes toscos en los que adiestraban su habilidad maniobrera.

Cuando acababan el duro ejercicio se les veía desembarcar en la rampa del Consulado con un remo o con un mástil sobre el hombro, y en la acera del Muelle se encontraban tal vez con algún grave señor magistrado, o algún docto canónigo, enemigos por tradición de tales novedades, que les interpelaban:

—Usted siempre con su chifladura.

(La chifladura a que aludían era el remo pesado que rezumaba gotas de agua de mar sobre su traje nuevo.) Y el señor comerciante respondía:

—También usted debiera acompañarnos.

—¿Yo acompañarles? *Vade retro.*

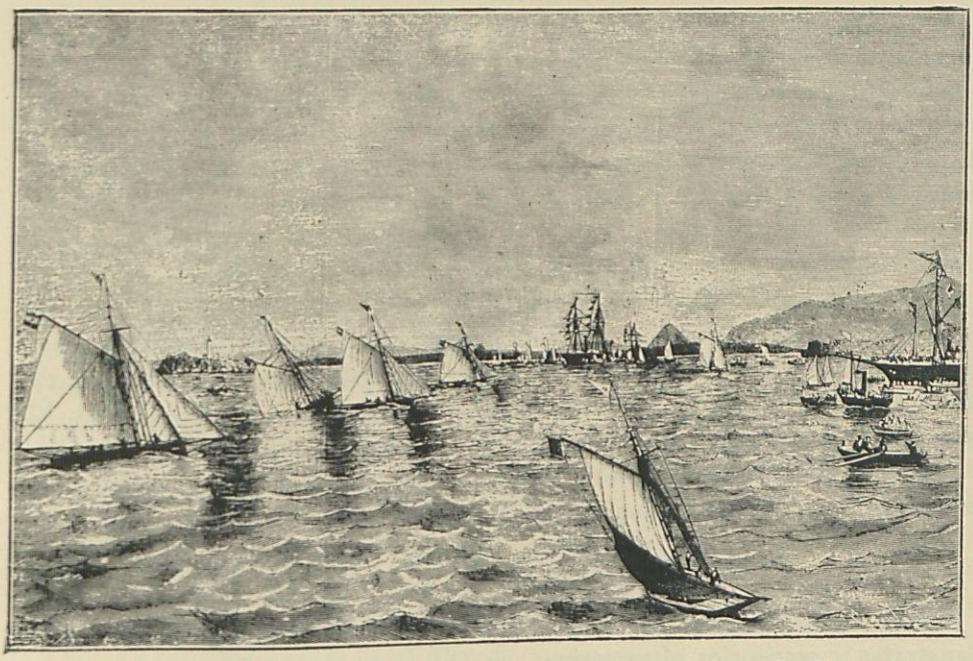
Y el señor magistrado, o el señor canónigo, se santiguaban.

EL CLUB DE REGATAS

Los escritorios se fueron transformando, hasta convertirse parcialmente en esa cosa híbrida y confortable que son las oficinas de los Bancos o las agencias de Seguros. Y entonces fué preciso sacar del viejo albergue, junto con los últimos barriles rezagados, los remos, los anclotes, las escandalosas y la cabuyería de los pequeños botes de recreo.

Al mismo tiempo, el bote se trocaba en el primer balandro. Los primeros balandros santanderinos tenían nombres de la epopeya callealtera, porque *Sotileza* estaba muy reciente, y su encanto agridulce muy en los labios. Fueron los tiempos del *Silda*, del *Sidera*, del *Sotileza* y del *Mechelín*. También son de esta época el *Ico* y el *Ave maris stella*.

Para que tuvieran padre reconocido se fundó el Club de Regatas. Era el rey muy niño; no había manifestado todavía afición ninguna, y el Club se llamó así a secas, sin el aditamento de Real. Ningún Alba ni ningún Medinaceli había pensado todavía arrebatar el usufructo de este deporte a los señores comerciantes y a sus hijos. Por estos años —finales del siglo, guerra de Cuba, gamacismo... — el Club se instaló en el entresuelo de la casa del Suizo, y organizaba unas fiestas náuticas muy modestas, en que las regatas eran sólo un número que alternaba con el divertido juego del palo ensebado, que tanto gustaba en Puerto Chico. Ya entonces polleaban D. Rodolfo Peizchot, muerto recientemente; D. Ángel



Regatas en 1882. Croquis de D. Victoriano L. Dóriga, publicado en *La Ilustración Española y Americana.*

Pérez Eizaguirre, Paco Gómez Iztueta y el patriarca de estas aficiones, D. Victoriano López Dóriga, que para afirmar más su condición náutica lucía a veces su brillante uniforme de jefe de la Armada. Se regateaba en balandros no sujetos a la tiranía de ninguna fórmula, y competían santanderinos con santanderinos. De tarde en tarde se les interponía algún tritón bilbaíno, y era de ver el interés que la pelea cobraba entonces. Cuando se la ganaba, se descorchaban en el entresuelo de la casa del Suizo botellas de vino generoso andaluz; no se había iniciado la edad del *whiski;* sólo lo bebía sentado en una mesa D. Juan Mac-Lenan, un mocetón rubio que leía el *Times* y explotaba minas.

Los santanderinos comentaban viéndole con el *whiski:*

—Para beber eso hay que ser de Escocia.

EL REAL CLUB

Con la mayoría de edad del rey, el Club de Regatas de la casa del Suizo entra también en su mayoría de edad. Se siente hombre y compra, para instalarse en ella, la bella casa palacio de D. Juan Pombo. Y como el rey tiene por primer juguete un bello balandro, el Club de Regatas se trueca en el Real Club, y sus señores directivos se encargan uniformes de comodoros de los balandros reales.

La página burguesa de los antiguos escritorios se convierte en una miscelánea cortesana.

Paralelamente sufre el mismo proceso todo Santander. El Real Club de Regatas tiene un hijo turbulento y loco, como muchos de los comerciantes que lo habían fundado: el hijo se llama el Unión Club, y allí sí que se bebe champaña y *whiski* para saciar la sed de siglos de una estepa... Y no fué sólo este fruto. Posteriormente engendró el Real Club otro hijo tardío, pero que vive con robustez lozana: el Real Club Marítimo, tan intrépido como su hermano mayor, el Unión Club, aunque menos loco. Por eso pueden ir allí las señoras a tomar el té, cosa que en el otro Club hubiera sido piedra de escándalo.

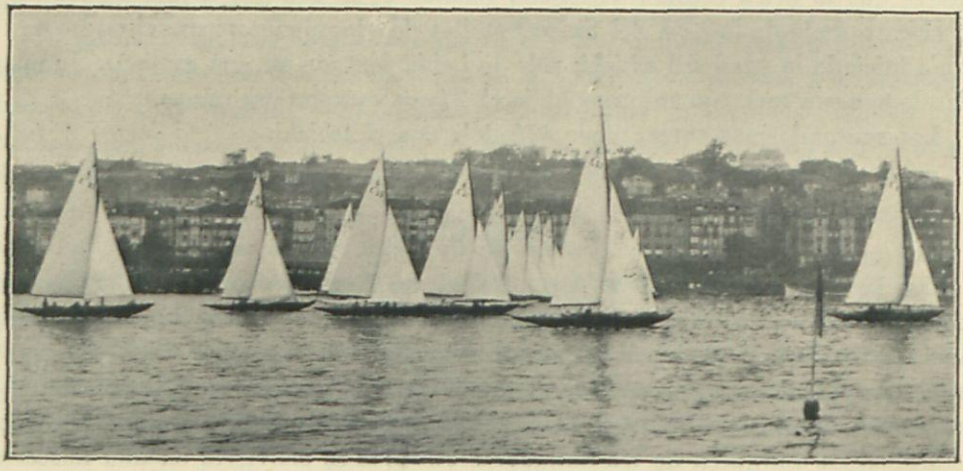
Y el yachting se afirma. El deporte nacido entre polvillo de harina y cacao, y la tos catarrosa de los viejos capitanes asmáticos, tiene hoy una librea palatina, que visten las primeras casas españolas. Ha habido yates del marqués de Cubas y de Fontalba (el *Encarnita)*, y del duque de Medinaceli (el *Tuiga)*. El mismo rey tiene sus balandros abanderados en un Club propio, que es de Santander y de todos los puertos del Cantábrico, porque en todos se considera radicado: el Real Club Giralda.

LOS ESCRITORIOS, PROFANADOS

Todos los bajos de las casas del Muelle, que antaño eran corredurías, consignatarías y escritorios ultramarinos, en que se incubaron las primeras regatas, son hoy lujosas tiendas exposiciones de automóviles; y nosotros sentimos al verlas la tristeza que se siente ante toda cosa profanada. Nos gustaría ver aún el viejo escritorio, con su menaje polvoriento, y saliendo de él a un comerciante de hace cincuenta años con su remo húmedo en el hombro. Y nos gustaría oírle explicar así su presunta proeza.

—Hoy hemos de ir a son de marea hasta la isla de los ratones.

José del RÍO SÁINZ



Regatas en el año 1930.

LA FERIA DE SANTANDER

Una de las grandes distracciones del verano en Santander, y que todos esperan con impaciencia, es la inauguración de la feria. Comienza ésta el día de Santiago y coincide con las corridas de toros; por la noche hay una gran retreta, que parte del Ayuntamiento; la comitiva la forman una gran carroza alegórica, en la que van unas cuantas chicas guapas con trajes ligeros, vestidas de ángeles, envueltas en gasas, con el pelo suelto, con coronas de reluciente hoja de lata y alas de trapo; detrás iban los bomberos, los municipales y los voluntarios, con sus cascos romanos, botas de montar, un rollo de maroma a la espalda y el hacha y el pico a la cintura, llevando grandes hachones y bengalas en las manos; detrás, una bomba, caprichosamente adornada, con una gran escalera. Luego venían los gigantones, la vieja Vargas y su marido, tambaleándose por el camino y volviendo mucho sus enormes cabezotas, mirando al través, y las gigantillas, haciendo contorsiones, repartían vejigazos a los chicos que se acercaban a verlas de cerca, bailando al son de la dulzaina y el tamboril. Un hombre que iba a su lado disparaba muchos cohetes y se soltaban globos grotescos: uno era una vaca con dos cabezas y ocho patas, y algún enano barrigudo, que subía dando vueltas en el aire.

Cerraba la comitiva la banda municipal, tocando un pasodoble; todos llevaban gorra de visera; los músicos iban muy derechos, marcando el paso; tenían los carrillos hinchados de soplar y las caras congestionadas, mirando al público, orgullosos de su trabajo. Luego, unos hombres tirando cohetes, y detrás, una porción de chicos y modistillas.

La comitiva, desde la plaza de Becedo seguía muy despacio por la Alameda Primera, hasta terminar en el Parque de bomberos; entraba la carroza y se daba por inaugurada la feria. La calle de Becedo estaba llena de pintorescas tiendas. Las primeras le entristecían: eran dos funerarias con los estantes negros llenos de ataúdes envueltos en grandes pliegues, viéndoseles las asas; otros estaban de pie, arrimados a las paredes, de los que colgaban muchas coronas; en una esquina había una escalerilla de caracol que atravesaba el techo y daba a las habitaciones del dueño de la tienda; en el escaparate se veía, en una urna de cristal, el modelo de una carroza fúnebre de gran gala, hecha en aluminio y en miniatura. Otra era un establecimiento ortopédico. Esta tienda tenía en el escaparate varias muestras; una era la figura de un joven con un camisón rojo, con un aparato de metal en una de las piernas desnudas y el brazo levantado. Tenía esta figura una colocación parecida a la estatua de un emperador romano. Otra era un vientre muy abultado de una mujer, hecho en cartón y metido en un corsé faja; una pierna enferma, colocada en un aparata de hierro, y un muñeco pequeño, los brazos apoyados en muletas y la cabezo y todo el cuerpo lleno de vendas, no viéndosele más que la cara. En la casa de la esquina se veía, encima de un balcón, el farol rojo de la Casa de Socorro.

Iluminación de la Alameda segunda (1882).

Pero luego, pasadas estas tiendas, se recreaba y se entretenía uno con las muchas boterías, donde se veía coser los pellejos en la calle; todo el techo de estas tiendas estaba lleno de botas de vino y cuernos con cantoneras para llevar a los toros. En una guarnicionería se veía muestra un caballo blanco de madera, de tamaño natural, con la montura y todos los arreos; dentro de la tienda había varios coches. Una alpargatería tenía de muestra una alpargata gigantesca; dentro de la tienda se veían muchos hombres fabricando calzado. Una taberna tenía adornado el techo de cadenetas de papel, colgando del centro un barco de velas, que negreaban de la cantidad de moscas que andaban por ellas. En estas tabernas se vendía de todo: comestibles, pescados, telas, y hasta pájaros en sus jaulas.

En grandes portalones que daban a otra calle estaban las herrerías del veterinario: en éstas siempre hay alguna mula o caballo a la que están herrando; un chico tira de un gran fuelle, avivando el fuego del hornillo, del que saltan muchas chispas.

Las cocheras, llenas de estos simpáticos coches santanderinos llamados cestas, con su gran tornillo del freno y el toldo y las cortinillas de hule negro; en algunas de estas cuadras se ve un coche de muerto blanco, para niño, con cuatro ángeles en el techo, y diligencias llenas de barro, con los cristales empolvados, que vienen de los pueblos.

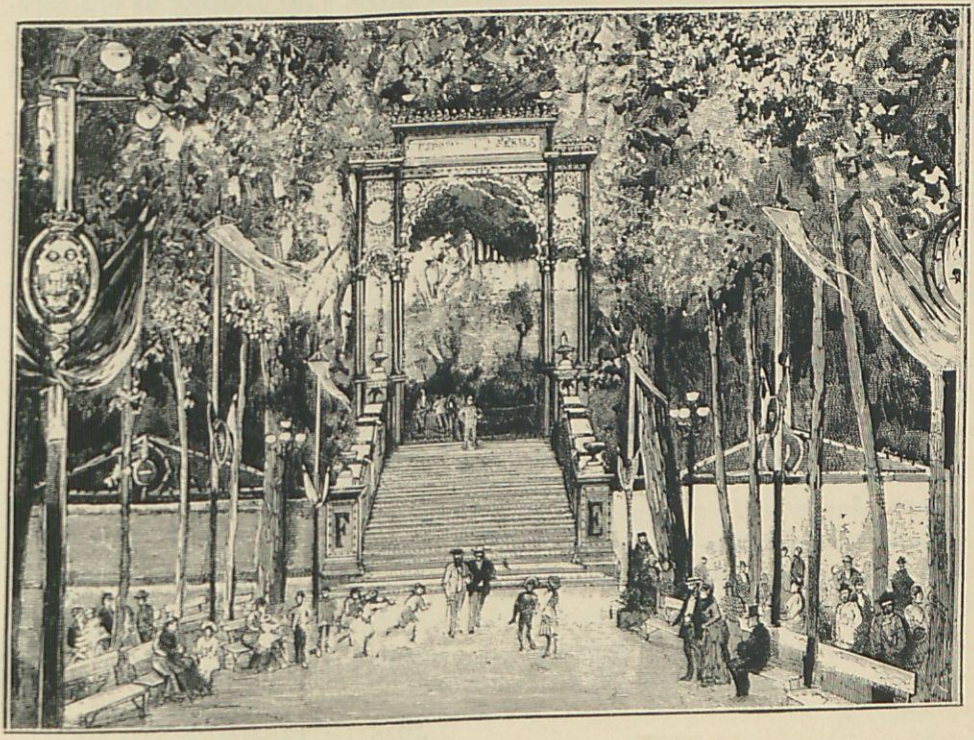
En la última cuadra están pegados en la pared carteles canallescos, llenos

de la bandera española; los carteles de las corridas de toros de Santander, y las robustas mulillas que mañana enjaezarán llenándolas el rabo de cintas y la cabezada y el collar de borlas y banderas.

La feria empezaba en la Alameda Segunda: era éste un hermoso paseo en línea recta que terminaba al llegar a la Plaza de Toros. Este paseo, el más antiguo de Santander y el único que se conserva sin hacer reformas, tiene unos bancos de piedra y unos altos y centenarios árboles llenos de raíces que le sombrean. En la noche de inauguración se encendían los arcos de la iluminación, que eran de hierro, pintados de encarnado, llenos de tulipas de gas de distintos colores, y que se perdían a lo lejos, en disminución, en un aspecto fantástico; en sus costados presentaban gallardetes con banderas cruzadas con los escudos de todas las provincias de España, incluyendo los de las perdidas colonias. Estos arcos, que iban en disminución, destacaban en el cielo azul de la noche, tachonado de estrellas; sus globos salteados tenían algo de juegos malabares de circo, de constelación de estrellas.

A su derecha e izquierda se encontraban, en barracas de madera, los puestos, que los había de todas clases.

A la entrada de la feria había sacamuelas, subastadores, rifas humildes de cajetillas y puros secos de 15 céntimos; en medio se veía un conejo dormido y



Arco levantado en la Alameda segunda en las ferias del año 1882.

viejo, que nunca tocaba a los que jugaban; otra de estas rifas era la de los caramelos; era un carrito con un tablero lleno de rayas de colores muy bonitos. Los caramelos tenían unos preciosos y brillantes colores: amarillos, verdes y rojos; representaban figuras y animales; un hombre y una mujer cogidos del brazo; los caballos tenían seis patas, para que los chicos chupasen más caramelo. Los fotógrafos al minuto, que trabajaban de noche y retrataban a las criadas y soldados, tenían unos lienzos pintados con el cuerpo de una torera o una mujer en traje ligero, con pantalones y medias de rayas, botas altas, la chambra de mangas de jamón y la blusa abierta enseñando los pechos; tenía este lienzo un agujero donde asomaban la cabeza los retratados, y las fotografías, una vez hechas, daban la ilusión de que el cuerpo no era postizo.

Luego venían las barracas formales, donde dormían de noche los dueños, que echaban los encerados; eran verdaderas tiendas en que se vendían corbatas, lentes para la vista cansada, gemelos para teatro, pipas de madera y boquillas de espuma de mar, ligas, botones; en fin, todo lo que hacía falta. Las barracas de rifas, con sus cartones numerados: aquí había muñecas, relojes de pared, despertadores, lámparas, cuadros, floreros y esos cromos tristes de asuntos de caza, donde un jabalí devoraba a un cazador vestido de traje de pana y polainas; a su lado había una escopeta de dos cañones.

En otro, unos leones hacían presa, en el desierto, a los camellos de una caravana de beduínos, y la caza del tigre; un tigre gigantesco se subía al castillo de paja de un elefante y se agarraba con las cuatro uñas para devorar a todos los cazadores.

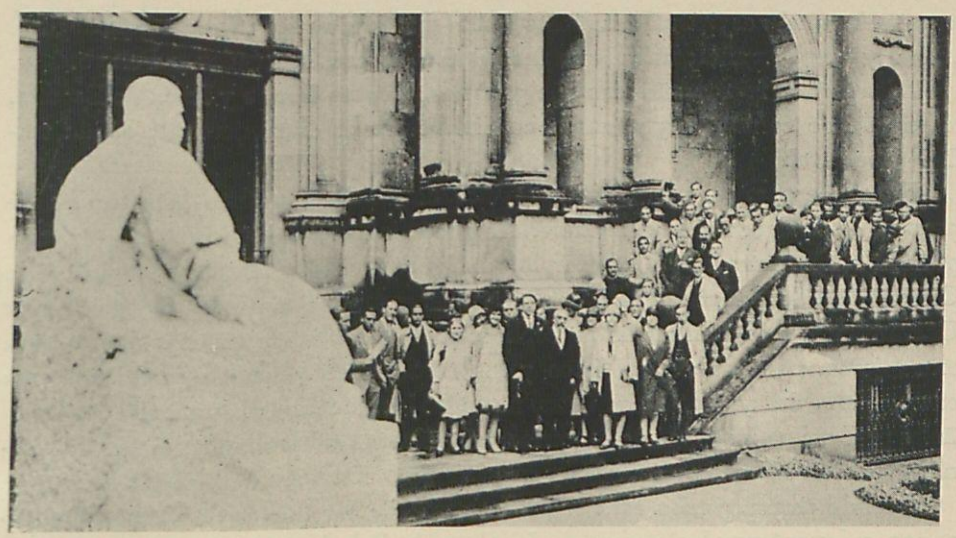
Y el más sangriento era el de la lucha con unos jabalíes a machetazos.

Siempre en estos cromos había varios heridos y muertos: un hombre tirado en el suelo con la camisa llena de sangre; otro, mientras clavaba su cuchillo en el vientre a un león, que con sus garras tenía presa la cabeza de su matador y su frente y el cuello de la camisa empapado en sangre; el cazador tenía mucho de héroe en su colocación.

Más allá estaban los tiros al blanco: uno era de patos nadadores, sobre los que se tiraban unas argollas de paja, que cuando quedaban dentro de la cabeza daban derecho a llevarse el pato, y también cuadros mecánicos de latón. Un pequeño circo de focas amaestradas y habitaciones con crímenes; los criminales arrastraban a una mujer por los pelos hacia la cama, y a su marido le llevaban al arca donde tenía guardado el dinero, para que la abriese, levantando los puñales amenazadores por encima de su cabeza. Cuando los tiradores daban en el blanco, todas estas figuras se movían con gran ruido de resortes.

Otros de estos tiros eran más crueles; se disparaba sobre una paloma que estaba metida en una caja de hierro y no asomaba más que la cabeza.

José GUTIÉRREZ SOLANA



Inauguración del curso de 1929.

LOS CURSOS DE VERANO EN SANTANDER

El espléndido regalo que hiciera D. Marcelino a Santander al legarle su Biblioteca ha producido excelentes frutos de ciencia y cultura.

Digamos hoy algo de los *Cursos de verano.*

Nacieron espontáneamente y se han ido desarrollando con creciente y espléndida expansión.

Conocida en el extranjero la importancia y la calidad de la colección bibliográfica *marcelina*, como la llamaba Valera en vida de su glorioso fundador, a través del *Boletín* de la Biblioteca y de otras publicaciones, empezaron a acudir a sus salas durante las vacaciones estivales estudiantes y estudiosos de diversas naciones. Algunos venían de paso para los *Cursos de Extranjeros del Centro de Estudios Históricos de Madrid;* otros, desorientados y creyendo que en Santander había una Universidad donde poder aprovechar las semanas de descanso académico. La idea de reunir a estos extranjeros durante algunas horas al día, e iniciarlos en el conocimiento de la Literatura, Arte y vida española, surgió por sí sola.

Había precedentes, es cierto: estudiantes sueltos ingleses o franceses que buscan una playa de verano y un profesor que les iniciase en el idioma español, los ha habido siempre en Santander. Estudiantes en cuadrilla que venían acá con sus profesores a practicar el idioma, también. Pero los Cursos pretenden ser, son cosa muy distinta. Los amigos de Menéndez y Pelayo vieron en ellos un campo feraz para su apostolado. De esos hispanistas en agraz saldrían, sin duda, andando el tiempo, los grandes hispanistas; en sus primeros pasos al en-

trar en el mundo espiritual hispánico había que proporcionarles un guía seguro, ameno y muy español; había que familiarizarlos con Menéndez y Pelayo.

Y los Cursos fueron año tras año ganando adeptos dentro y fuera de España, estableciendo contactos y alianzas con instituciones extranjeras de sólida tradición cultural.

Hace pocos años, un director general de Enseñanza tuvo la gentileza de presidir la inauguración del Curso. Al poco tiempo, este mismo director, empeñado en la empresa de revivir los antiguos Colegios Mayores, sugirió a la Universidad de Valladolid la idea de establecer en Santander un Colegio Mayor Universitario a la sombra de la Biblioteca y coincidiendo con los Cursos para extranjeros, para que entre éstos y los estudiantes españoles se iniciase una camaradería útil y agradable. Como no todos los estudiantes universitarios españoles profesaban los estudios literarios, para los que cultivaban las ciencias físico-naturales ofreció sus laboratorios y enseñanzas la Estación de Biología Marítima.

Cuando se imaginaba esta segunda etapa de los Cursos de Verano comenzaban a levantarse los muros de la *Casa de Salud Valdecilla*. Dedicada, por voluntad de su magnánimo fundador, no sólo a la función benéfica y de hospital, sino también a las investigaciones científicas, era una espléndida promesa y esperanza para la naciente institución del Colegio Mayor.

Ya en este año de gracia de 1930 la *Casa de Salud Valdecilla* toma una parte importantísima, con sus clínicas y laboratorios, en la vida del Colegio, y es natural que cada año estas enseñanzas vayan tomando mayor incremento.

Con todos estos elementos los Cursos de Verano de Santander han adquirido una fisonomía propia y muy distinta de los demás Cursos de Extranjeros establecidos en España. Sólo en los de Santander conviven los universitarios españoles *en función* con los estudiantes de otros países. El pujante despertar científico de la Montaña y la maravilla de su clima veraniego han hecho posible este ensayo, que está llamado a ejercer honda influencia en la cultura española.

Podría formarse una curiosa y poliglota antología con los artículos y trabajos de los estudiantes extranjeros que han asistido a los Cursos de Santander, dedicados a su estancia en nuestra ciudad. Alemanes, franceses, ingleses, norteamericanos, holandeses, estonianos, rumanos, tchecos... todos hacen alabanzas y panegíricos de Santander. Muchos han publicado ya obras de consideración y de importancia científica y literaria, fruto de sus trabajos en estas peregrinaciones culturales...

BIBLIOTECA NACIONAL

¿El porvenir? Por poco cuidado que en ello pongamos, iniciada la obra con tan sólidos fundamentos, es de esperar que progrese rápidamente y que no tardaremos en verla florecer con mayor esplendor.

Si la discreción no atase mi pluma podría revelar un proyecto importante que hará muy pronto de Santander un centro veraniego frecuentado por centenares de los estudiantes de todos los países.

Biblioteca de Menéndez y Pelayo, julio de 1930. MIGUEL ARTIGAS